

ENCUESTA SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS (II PARTE)

HUGO E. BIAGINI

Nació en Buenos Aires, en 1938. Licenciado en Filosofía, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1966. Doctor en Filosofía *cum laude*, Universidad Nacional de La Plata, 1972. Es Profesor Titular de Historia de las Ideas Argentinas en la Universidad Nacional de La Plata, e Investigador del CONICET. Es Profesor Titular del Doctorado en Historia de la Universidad de Belgrano. Profesor en el postgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Río Cuarto (1989) y Catedrático del Centro de Estudios Constitucionales, Madrid (1992). Investigador del Centro de Estudios Filosóficos, Academia Nacional de Ciencias (1974); Becario de la Organización de Estados Americanos (1978); Investigador invitado de la Universidad de California, Los Angeles (1977); Director de IPAL, Sección de Investigaciones sobre Pensamiento Argentino y Latinoamericano, Academia de Ciencias (1981); Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Análisis Político (1982); Miembro fundador Asociación de Hispanismo e Iberoamericanismo Filosófico (1988); Director del Seminario de Investigaciones en la Oficina Cultural de la Embajada de España en Argentina (1992). Director del *Boletín de Historia* (FEPAL). Es autor de: *Cómo fue la generación del Ochenta* (1980); *Educación y Progreso* (1983); *La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación* (1984); *Panorama filosófico argentino* (1985); *Filosofía americana e identidad* (1989); *Historia ideológica y poder social*, 3 vols. (1992); *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano* (1993); *Dos finales de siglo. Nuestra América entre los Estados Unidos y España* (en prensa). Ha compilado: *El movimiento positivista argentino* (1985); *Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista* (1989).

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Con tanto claroscuro y desengaño, como los que se ciernen detrás nuestro, "mi época" -según suele proclamarse desde ese realismo candoroso que nos ancla en el pasado- puede haber sido una de las mejores, al menos si se la toma dentro de la privilegiada estudiantina universitaria.

Efectivamente, entre el 56 y el 66, se fue recuperando, con odiosas purgas profesoriales y todo, la castigada autonomía académica en el país, tras un cuarto siglo

donde los poderes de turno quebrantaron la fecunda pero volátil tradición reformista latinoamericana, que luego volvería a ser drástica y extensamente interrumpida. Detallada también entonces el símbolo redentor de la unidad con el movimiento obrero, cuando nos encolumnábamos con los trabajadores para que se les devolviera su personería gremial y cuando algunos intrépidos caíamos en el cerco policial hasta dar con nuestros huesos en la prisión de Caseros junto a la crema más combativa de los líderes laborales. Allí quedaba nuestro paso por la oficina de Extensión Universitaria, guiados por Amanda Toubes y Lito Marín, con quien llevábamos un archivo diario del acontecer político y sindical.

En una vorágine de adhesiones y rechazos abismáticos, vernáculos o transnacionales, nos solidarizamos con la revolución en marcha y casi nos fuimos a romper lanzas en la Sierra Maestra junto con los delegados cubanos que habían visitado el "antro" de Viamonte para adentrarnos en su mítica gesta. Nuestra falta de aptitudes logísticas, nos llevó en cambio a incorporarnos al MALENA para reclamar nada menos que la liberación social y nacional de la mano de Ismael Viñas y Doña Celia de la Sema de Guevara Lynch, la increíble madre del Che. En materia doméstica hicimos guardia durante una noche interminable velando armas para defender el bastión del rectorado, donde moraba nuestro rey-filósofo, Risieri Frondizi, amenazado por la pesada reaccionaria de Tacuara, a la cual finalmente logramos ahuyentar. Sin embargo, terminaríamos perdiendo la batalla principal que encabezó el propio Risieri y cuyas nefastas implicancias todavía no alcanzábamos a percibir: la pugna por el laicismo y la enseñanza pública.....

Disconformes hasta con nosotros mismos, seguimos la tónica en boga y nos albergamos en La Clínica belgranense de Fontana, donde, con el LSD y otros alucinógenos, se incentivaban los delirios persecutorios, hasta hacemos cargar sobre nuestras espaldas todo el mal radical que arrastraba consigo la especie humana en su conjunto. Presuntamente alentado por el paraíso bauleraireano, por la empiria renovadora de Aldous Huxley o por el erotismo post-victoriano de D.H. Lawrence, al salir de mis primeras sesiones maratónicas de psicoterapia tan aturdidamente despersonalizado como había ingresado a ese altar de la neurosis, garabateé los siguientes versículos:

Todas venían a ser ilusiones de los sentidos, / pero sin mirar ni oír ni nada. / El brazo de ella, peludo y con el reloj de él. / La imagen de él en el espejo era -oh!- la mía. / Ella empezó siendo mi abuela, ay!, y luego qué? / Y siempre el reloj para adelante y para atrás..... / hasta que dijo basta. / Estaba la oreja solamente desprendida / pegándose al suelo / con la hebilla del águila yanqui daba vuelta / para hacerlas creer que sí pero no tanto, / que en cualquier momento cuando quisiera podía reputear. / La casa era la de ellos y me tenían, / y yo me reía pulmón en mano. / Desde los tacos altos sobre cuatro patas / todo se probó. / Y más luego qué? / No se si debemos vomitar en las alfombras / Porque los baños son refugios de puros santos cerdos / como las manos cruzadas en la espalda que se tocan / el culo y la p... también. / Ya sé que esto lo digo para estar en gracia con Dios.

2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Un tema como el de las influencias y receptividades que cada quien puede contener debe explicitarse dentro de una cuestión lógicamente previa, a saber, cuál es o en qué consiste a la postre el trabajo acometido y el grado de reconocimiento que el mismo pueda concitar dentro de la crítica especializada.

Siempre me interesé por los estudios tendientes a interpretar la evolución filosófica en sus nexos con la realidad histórica. Antes de concluir mi licenciatura participé en el grupo de investigaciones en filosofía moderna y en cursos y reuniones con ese maestro inolvidable que fue José Luis Romero, donde se buscaba desentrañar las mediaciones entre la reflexión teórica y la acción social.

Con ese trasfondo primerizo, me puse a trabajar en torno a la construcción lockiana del liberalismo, labor que sería destacada por parte de diferentes autoridades en la materia (Peter Laslett, Walter Euchner, Christopher Hill, Maurice Cranston, Roland Hall y otros). Luego decidí no restringirme al aspecto genético del liberalismo y me ocupé en efectuar una interpretación crítica de su sentido más actual junto con el de la mentalidad tecnocrática. Todo ese bagaje doctrinario me permitió moverme con mayor desenvoltura dentro de la historia intelectual argentina y latinoamericana, la cual difícilmente puede ser entendida sin el referente de la ideología liberal. Desde entonces, me consagré con mayor ahínco al pensamiento nacional, aunque sin abandonar las preocupaciones filosóficas de fondo.

Una parte de mi labor ha apuntado a establecer delimitaciones semánticas y propedéuticas dentro del difuso campo de las ideas continentales. Otra faceta está ligada con el intento por refutar algunas versiones canónicas sobre asuntos generacionales o sobre el indigenismo, las caracterologías colectivas y el problema de la identidad. He mantenido una actitud polémica con respecto a la concepción krausista, a la penetración del pensamiento estadounidense, a la historiografía y la educación argentinas, etc. Asimismo, he procurado aportar nuevos elementos de juicio en lo que atañe a la mentalidad racista, la noción de progreso, el positivismo y el antipositivismo, el exilio y la emigración españolas, o la revolución francesa. Además de haber dado a conocer algunos hallazgos documentales, me preocupé por rescatar del olvido varias figuras intelectualmente relevantes para su propia época... ¡Algo así como el cielo y la tierra en una pequeña maceta!

Por ende, mis trabajos se enrolan dentro de una tradición que, localmente, cuenta entre sus filas a quienes abrieron el juego disciplinario como Kom e Ingenieros; juego proseguido por Alberini, Guerrero y Francisco Romero hasta culminar con la obra de Arturo Andrés Roig, con el cual se produce una decisiva innovación conceptual y material dentro del filosofar iberoamericano. El mismo Roig ha tenido la deferencia de aludir a mi *modus operandi* y a sus vínculos con otras vertientes interpretativas: "Biagini tiene clara conciencia de la necesidad de una ampliación respecto de la comprensión epistemológica del saber filosófico..... Una parte

significativa de la investigación historiográfica europea contemporánea viene a darle la razón..... Un Derrida o un Foucault han revertido en Europa el método y, desde la tradicional investigación de la filosofía, han acabado preguntándose por una historia de las ideas, más allá de la definición que este tipo de saber les haya merecido..... Creo que respecto de Biagini podríamos aventurar la tesis -visible en otros investigadores latinoamericanos tales como el peruano Francisco Miró Quesada o el ecuatoriano Hernán Malo González- de que despunta una integración de las dos líneas de trabajo....."

En cuanto a mi cosmovisión general, si bien he abordado frecuentemente una tendencia elitista y eurocéntrica me siento mucho más próximo al legado de Martí y Darío que a los lineamientos sarmientinos. Ello lo he puesto de manifiesto a través de un indeclinable compromiso hacia las causas populares que me ha llevado por ejemplo a defender el quehacer político en plena veda militar o a objetar el modelo neoconservador de los últimos tiempos.

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

Mis primeros pasos universitarios tuvieron lugar con la caída del peronismo, cuando se acentuaron los debates teórico-prácticos en torno a la libertad y pululaban las más variadas crisis existenciales. En "Filo" me integré a la militancia estudiantil que supuso al principio un ingenuo cuestionamiento a los concursos docentes y poco después el casamiento con una compañera junto a una familia precoz que prolongó mi carrera y me mantuvo alejado de la vida bohemia. Allí tuve ocasión de toparme desde el vamos con "la cosa cosal" de Angel Vassallo, de desafiar en el otro polo académico la versión de Mario Bunge sobre las infinitas contradicciones del refranero, de abismarme en las pulcritudes hegelianas de Mercado Vera o de responder a los planteos de un profesor visitante, Irving Louis Horowitz, con relación a la premisa mannheimiana del intelectual socialmente desarraigado. También asistí a los Cursos Internacionales de Temporada organizados por la UBA y a los que se impartían en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Mi principal núcleo de pertenencia estuvo constituido por Emilio de Ipola, Vanni Blengino y algunos otros compañeros que nos precedían: León Sigal, Sofía Fisher, Ernesto Laclau, Marco Galmarini, Miguel Murmis. Con ellos compartimos nuestra veneración hacia figuras como las de Jean Paul Sartre y en el campo interno nos sentimos mucho más representados por la gente de *Contorno* que por las veleidades del grupo Sur, uno de cuyos exóticos exponentes, Lanza del Vasto, nos despertó un rechazo visceral durante su presentación en la "Facul". Ciertos fines de semana nos reuníamos en lo de un viejo anarquista, que trabajaba en el Centro de Estudiantes, para compartir suculentas porciones de pizza y disfrutar de su implacable sabiduría mundana. Una noche y en otra casa, la de Oscar Masotta, nos encontramos con un pensador que en un santiamén había pasado del entronizamiento a la proscripción:

Carlos Astrada, a quien escuchamos exponer como si nos hallásemos en una sesión de espiritismo frente al mismo oráculo de Delfos redivivo.

La noche de los bastones largos coincidió de algún modo con nuestro egreso y con un camino más solitario que implicó mi pasaje como becario del Conicet, bajo la guía de Ambrosio Gioja y Eugenio Pucciarelli, al cual secundé en algunas empresas culturales que me permitieron foguearme en la ardua trastienda del intelecto. También conocí por ese entonces a una personalidad con fuertes reflexiones ideológicas y un noble corazón aún no desgarrado por la intolerancia. Me refiero a Rodolfo Agoglia, quien me abrió las puertas de la universidad platense y dirigió mi tesis doctoral. El llamado perfeccionamiento en el exterior me permitió entrar en contacto con dos especialistas de primera: Juan Carlos Torchia Estrada en los Estados Unidos y Arturo Ardao durante su exilio venezolano. Una experiencia muy feliz de aquella época estuvo centrada en mi amistad con ese lúcido e íntegro intelectual que es Ricardo Pochtar; amistad no interrumpida hasta ahora pese a su sostenido distanciamiento del país y del mundillo académico.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En este rubro, como en tantos otros, no existen misterios iniciáticos. Fundamentalmente, se trata de soldar lo más posible y sin metáfora alguna la nalga al asiento -o viceversa- hasta que se alcance una consustanciación entre el objeto animizado y el sujeto cosificado, al punto de que la silla termina sentándose sobre uno mismo y se transforma en fuente inspiradora, como una madre que va conduciendo anatómicamente la mano de su párvulo para enseñarle los rudimentos de la escritura.

Pese a que entre nosotros no está tan extendido como en otras latitudes el intercambio de borradores entre los pares académicos, intentamos mejorar la gestación de nuestro trabajo mediante otros expedientes. En mi caso personal, suelo recurrir a otra variante no menos clásica: presentar y discutir mi producción inédita en congresos, jornadas, coloquios, seminarios, conferencias, paneles u otros encuentros profesionales dentro y fuera del país. Ocasionalmente, yo mismo he organizado algún simposio donde se invitaron a colegas extranjeros para debatir una problemática puntual que me hallaba investigando con un equipo *ad hoc*. También me resulta provechoso enviar colaboraciones a revistas con referato donde se expiden por escrito acerca del valor o las limitaciones del paper remitido.

Como alterno la investigación con labores docentes, no sólo pretendo alimentar la segunda con los frutos de la primera, como resulta relativamente habitual y sumamente deseable, sino que además he podido articular un sistema pedagógico por el cual los alumnos, tanto egresados como de grado, realizan actividades directa o indirectamente vinculadas con proyectos superiores de investigación. Con ello se logra un efecto multiplicador cuyas consecuencias ya se han traducido en varias

obras orgánicas que han contado con la expresa incorporación de jóvenes estudiantes a tareas en las que tradicionalmente sólo estaban restringidas a personas con otro grado de maduración.

Más que a recurrir a otras compulsas bibliográficas distintas a aquellas fuentes que se vinculan con mis preocupaciones circunstanciales durante el proceso de elaboración, prefiero acompañarme con un trasfondo musical, especialmente el de corte afroamericano, desde la salsa caribeña hasta el jazz negro. Así condimento mis textos con diferentes fuerzas sincopadas, v. gr., el jungle style del primer Ellington, la nueva trova, Rafael Cortijo y su combo, la voz aguardentosa de Billie Holliday, los repiques de Lionel Hampton o los graznidos saxofónicos de Eric Dolphy junto al tableteo infernal de Charlie Mingus.

5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

Sin confiar demasiado en los recetarios para terceros en discordia, sólo puedo darles mi propio parecer al respecto, el cual, como en otros órdenes de la vida, resulta más fácil predicar que traducirlo en acciones.

Quien se dedica a esta clase de estudios debe sobreponerse a las restricciones de nuestra historiografía tradicional, tan ajena a los encuadres teóricos, éticos e interdisciplinarios y tan sumergida en el racconto documental que termina por perder de vista la sustancia básica de su emprendimiento: el ser humano y su conflictividad social. Quien se ocupa del devenir ideológico tendrá que esforzarse, aún más que en otras disciplinas históricas, por asociar el recaudo erudito y estilístico con la perspectiva crítica y valorativa, estableciendo la conjunción imprescindible de episodios, procesos, testimonios, sensibilidades, intereses y construcciones intelectuales en juego.

A las diversas corrientes, doctrinas, cosmovisiones y elaboraciones conceptuales no hay que encararlas en tanto concepciones puras, al estilo filsofista, sino como integrando un discurso que encierra algunos principios claves, v. gr., el de la sustentación del poder, o sea, abordar a aquéllas en sus correlaciones con la dinámica socio-política y económica de la cual dimanar en definitiva, reoperando también sobre la misma. Para ello conviene apelar a puntos de vista como los que ofrece la sociología del conocimiento, la teoría de las ideologías o el marxismo crítico; ópticas estas a las cuales yo mismo he recurrido en distintas oportunidades.

Si nos detenemos en nuestra frustrante realidad latinoamericana, una coordenada vertebral para el historiador de las ideas se vincula con la pugna por la liberación de nuestros pueblos así como las racionalizaciones que se han formulado para entorpecerla. En ese terreno, nos movemos bipolarmente, entre una mentalidad elitista y proimperial y la configuración de posiciones demitificadoras que apuntan a una forma de desarrollo integral, equitativo y soberano, aunque sin obviar la enorme variedad de matices y mediaciones que intervienen en ambos casos. Se trata

entonces de una rama del conocimiento que puede contribuir, muy específicamente, a tornar patente el marginamiento que hemos sufrido por parte de las potencias hegemónicas y a evidenciar las semejanzas y diferencias, las sincronías y las asincronías, con respecto a la cultura nordatlántica.

La historia del pensamiento se presenta no sólo como disciplina que engloba críticamente a los distintos campos del saber. Además viene a poner de manifiesto las formas en que se ha asimilado o desafiado el bagaje de ultramar, tanto para mantener el statu quo cuanto para promover cambios fundamentales. En tal sentido le corresponde analizar las relaciones de subordinación que a menudo se esconden tras el aparato enunciativo, trasuntando por ejemplo en qué medida la presunta evangelización de América resultaría una manera de encubrir el despojo y la explotación.

Cabe asumir por fin que estamos frente a un tipo *sui generis* y decisivo de enfoque hermenéutico, según el cual la búsqueda de lo objetivo coincide con el develamiento y la realización de la dignidad humana, con nuestra necesidad de autoafirmarnos.

6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?

Además de la crisis profunda que se halla afectando hoy a diferentes paradigmas epistemológicos, por ejemplo, en cuestiones tan prominentes como las del valor específico que puede otorgársele al desenvolvimiento histórico y a sus respectivos protagonistas, nuestra disciplina debe decidirse a afrontar de una vez por todas diversos temas cruciales, entre los cuales descuellan sus criterios de periodización, las dicotomías y reduccionismos que se han utilizado con fines opresivos, el pensamiento y la praxis indígenas, las utopías americanas, la cultura y la contracultura, los estudios comparados entre expresiones afines o disímiles.

Pruebas al canto, en ese último sentido he concluido un volumen donde abordo las ideas latinoamericanas durante los dos finales de siglo, el XIX y el XX, junto al revivalismo occidentalista y en relación con la atmósfera cultural de la misma época nosotros: los Estados Unidos y España; cuyas dominaciones y potestades, según rotulaba Santayana, han sido mucho más mentadas que objeto de rigurosa investigación.

Asimismo, considero de trascendental importancia para la historia de nuestras ideas centrar la atención en aquellas manifestaciones no sólo vernáculas sino también en las modalidades que se han proyectado más allá de nuestro propio territorio, sin constituir una simple prolongación o reverdecimiento del panorama europeo, como es el caso de la revolución estética producida por el modernismo, sobre la cual me he venido ocupando incidentalmente. Estoy aludiendo también a otros fenómenos donde se ha revertido la remanida dirección Norte-Sur, al estilo de lo que ha significado el mencionado movimiento de la Reforma Universitaria, el cual

se ha adelantado con creces a los levantamientos estudiantiles de la década del sesenta. Una cuota similar de originalidad podría atribuírsele a la teología de la liberación o a la pedagogía de un Pablo Freire.

Entre las controversias más latentes se encuentran algunos asuntos fundantes, como el diferendo acerca del alcance de nuestra cultura y de nuestra filosofía continentales, su mayor o menor universalidad, autenticidad y dependencia; o la dimensión exclusivamente profesionalista o eminentemente pragmática que debe asignársele a una disciplina como la historia de las ideas, si la misma debe restringirse a una función técnico-académica o si tiene que estar encaminada, por ejemplo, a incrementar los grados de conciencia y participación social.

Si bien me vuelco habitualmente hacia ese último modelo operativo tampoco me veo arrojando de consuno la casa por la ventana, como lo han señalado muchos de mis comentaristas. Por ejemplo, el filósofo José Luis Abellán, en alguno de los ratos libres que se tomó durante la redacción de su monumental historia del pensamiento español, lo acaba de poner así: ".....El pensamiento de Biagini resulta, en este aspecto, altamente interesante, ya que su sentido crítico no elimina su profundo carácter integrador. Estamos pues, ante un espíritu progresista y universal que no elude su deuda con lo mejor de la tradición argentina y española, razón por la que se hace perentorio de aquí en adelante no perder de vista las evoluciones de este gran intelectual" (*Diario 16*, Madrid, 24 julio 1993).

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

Sólo señalaré un puñado de obras entre aquellas que me han permitido penetrar magistralmente en diversas épocas, regiones y tópicos; aun cuando consideremos que no todos los trabajos mencionados representan el libro de cabecera o aquel otro que uno se sentiría más dispuesto a rescatar en medio de una catástrofe.

Arnold Hausser nos hizo conocer su *Historia social del Arte*, en la cual aplicó esclarecedoras categorías hermenéuticas al fenómeno literario y plástico de los períodos más avanzados. Por su parte, con *Psique*, Erwin Rohde nos ofreció una novedosa aunque disputada imagen de la Hélade, introduciéndonos de lleno, mediante un miraje nietzchiano, en el orfismo y los cultos dionisíacos. No menos significativos ni hermoso nos resultó un libro de Lucien Fevre para comprender la transición mental del feudalismo a la modernidad en Francia: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Siguiendo un orden cronológico, tenemos el texto sobre la doctrina política del individualismo posesivo donde C.B. Macpherson desenmascaró como pocos autores el ideario contractualista e iusnaturalista anglosajón.

Con relación a la historia contemporánea, me permito incluir tres títulos más. Un compendio acerca de Latinoamérica en el siglo XIX, *The Poverty of Progress*, escrito por Baradford Burns, escapa al esquematismo liberal predominante en los estudios norteamericanos sobre nuestro medio. El equilibrado análisis y balance del krausismo

español a cargo de ese perspicaz pensador socialista que es Elías Díaz, junto a un clásico en torno a la génesis del espíritu depredador, con especial referencia a la sociedad estadounidense: la *Teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen.

Por últimos, una pieza que vino en parte a suplir la escasez reinante en cuanto a los problemas metodológicos suscitados por la historiografía ideológica a nivel continental. Estoy pensando en el libro publicado recientemente en México por Horacio Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. Allí se plantean distintas encrucijadas que no podemos soslayar si deseamos emprender un análisis maduro de la disciplina pertinente y sus principales objetos.

HORACIO CERUTTI GULBERG

Nació en Mendoza, en 1950. Realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Actualmente se desempeña como Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras e Investigador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becario de postgrado por la Fundación Bariloche, Río Negro. Becario de postdoctorado por la Fundación Alexander von Humboldt, Alemania. Ha sido profesor de las Universidades de Salta, Argentina; Cuenca, Ecuador; Pedagógica Nacional, México. Ha concentrado sus investigaciones en tres líneas principales: a) la historia de la filosofía en América Latina, b) el tema de la utopía y c) la historia de la ideas filosóficas. Ha sido profesor invitado y/o conferencista en universidades e instituciones educativas de Argentina, Brasil, Ecuador, Chile, Colombia, Costa Rica, Puerto Rico, República Dominicana, Cuba, Estados Unidos, Alemania, Australia, Polonia, Rusia, España, India. En 1990 la UNAM le otorgó la "Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos" en el área de Docencia en Humanidades. Es autor de: "Actual situation and perspectives of latin american philosophy for liberation" (New York, 1988-89); *Ensayos de utopía (I y II)* (Toluca, 1989); *De varia utópica (Ensayos de utopía III)* (Bogotá, 1989); "Elementos para una historia de la historiografía filosófica mexicana" (Guadalajara, 1989); "Latin american philosophy: History and epistemological problems" (UNISA, 1989); *Pre-sagio y tópicos del descubrimiento de América* (México, 1991).

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Hice mis estudios de licenciatura en filosofía entre 1968 y 1972 en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza. Al "espíritu de los sesenta", del cual conservo mi preocupación por la utopía, se agrega el recuerdo de los que fueron años brillantes de la Facultad. La formación clásica y el rigor filológico aprendidos en aquellos años me han servido siempre en mi vida profesional. De los últimos años de mi carrera viene la preocupación por el estudio del pensamiento argentino y latinoamericano y la decisión de incorporarme decisivamente a la prolongación del mismo. Continué mi formación con estudios de maestría en epistemología de las ciencias sociales en la Fundación Bariloche. Posteriormente revalidé mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, en Ecuador y me doctoré en filosofía en 1978 con la tesis: *Lectura de la filosofía de la liberación latinoamericana*. Este trabajo se publicó posteriormente en el Fondo de Cultura Económica de México y va por su segunda edición. En 1982 me otorgaron la beca postdoctorado de la Fundación Alexander von Humboldt.

2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Con tradiciones argentinas, latinoamericanas y europeas. Con todo el ensayismo

argentino, preocupado por encontrar un sentido a nuestra historia, cultura y sociedad; con la tradición de la filosofía latinoamericana y de la historia de las ideas en América Latina y con la relectura de la Escuela de Frankfurt, la Escuela de los Annales, el historicismo.

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

Fue el clima de los sesenta y principios de los setenta, con todas las esperanzas y frustraciones de la historia latinoamericana, con las polémicas que jalonan el surgimiento de la llamada filosofía de la liberación, en medio de la agitada vida política y académica de la Argentina de aquellos años. Siempre, por supuesto, con una perspectiva forjada en el interior del país.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Siempre he combinado la investigación con la docencia. Estoy convencido de que en nuestro campo, la docencia es imposible sin investigación. Discuto mucho mis trabajos con otros colegas y con mis estudiantes. Dedico mucho tiempo a la dirección de tesis (licenciatura, maestría y doctorado). Siempre leo a otros cuando realizo mis propios trabajos.

5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

Sensibilidad histórica, rigor filosófico, formación interdisciplinaria, gusto por la literatura y el arte, experiencias interculturales, flexibilidad epistemológica.

6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?

La historia de las ideas tiene una importante tradición propia entre nosotros, que remonta al siglo XIX, pero que se consolida en los años 40 y 50 de este siglo. Sin embargo, desde aquellos años hasta ahora mucho ha avanzado la discusión metodológica a nivel mundial y a veces me parece que los historiadores de las ideas latinoamericanos no toman del todo en cuenta estos avances. El debate actual me parece que incluye, entre otros, los siguientes tópicos: regionalización, ámbito de la disciplina, periodización, relaciones con disciplinas afines, función en una historia total, relevancia del lenguaje.

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

No puedo fijar libros sino conjuntos de trabajos que he estudiado y reflexionado mucho. Me refiero a las obras de José Gaos, Arturo Ardao, Leopoldo Zea, João Cruz Cost, Francisco Miró Quesada, Augusto Salazar Bondy, Ricaurte Soler y Arturo Andrés Roig. Son las obras de los que puedo llamar con toda certeza "mis maestros".

JOSE CARLOS CHIARAMONTE

Nació en Arroyo Seco, provincia de Santa Fe, en 1931. Es Investigador Principal del CONICET; Director del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires; y Director del Boletín de ese Instituto desde el N° 1, tercera serie, 1989. Profesor en las Universidades argentinas del Litoral (1957-71); de Córdoba (1971); del Sur (1972-75); y de Buenos Aires (1986 hasta el presente). Investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México (1976-1985); Investigador Nacional, en el Sistema Nacional de Investigadores, Secretaría de Educación Pública de los Estados Unidos Mexicanos (1984-85). Profesor visitante en la Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos (1988-89). Profesor de Posgrado en: Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México (1975); Maestría en Economía, Centro de Investigación y Docencia en Economía, México (1976); Maestría de la FLACSO, México (1978); Maestría en Historia, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México (1980); Maestría en Derecho Económico, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México (1980-81); Maestría en Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México (1985); Seminario de postgrado y doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (1990-1992); Seminario de Doctorado en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid (1993); Director de Estudios Invitado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París (1994). Ha dictado cursos y conferencias en distintas Universidades de Argentina, México, Italia, Israel, España, Uruguay, Brasil, Alemania e Inglaterra. Ha obtenido becas de diferentes instituciones, entre ellas la John Simon Guggenheim Memorial Foundation (1982); y subsidios para investigación de: Social Science Research Council (1981), CONICET (1986, 1987, 1989/91), Fundación Antorchas (1989, 1990, 1992), y Universidad de Buenos Aires (1991). Es autor de: *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880* (1970); *Pensamiento de la Ilustración*, Compilación, prólogo y notas (Caracas, 1979); *La crítica ilustrada de la realidad* (1982); *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica* (México, 1983); *La Ilustración en el Río de la Plata* (1989); *Mercaderes del Litoral* (1991). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y en volúmenes colectivos de nuestro país y del extranjero.

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Respecto de los años iniciales de formación, y entendiendo la expresión "período de formación intelectual" como el comienzo de decisiones personales respecto de la orientación de la lectura, recuerdo que hacia el tercer año de la escuela media comencé a leer obras de literatura clásica. En especial, al principio, libros de literatura española. Poco después me incliné a leer literatura griega, en las traducciones no siempre recomendables que podía encontrar en la Biblioteca Argentina "Juan Alvarez" de Rosario. Tengo en mi biblioteca dos tomos de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, comprados hacia el final de mi tercer año del secundario (edición de Losada en la colección de *Las Obras Maestras* dirigida por Pedro Henríquez Ureña). Luego de un par de años en los que mi interés se orientaba a la literatura, con particular interés por obras de teatro era entusiasta lector de Bernard Shaw-, y por novelistas -como Dostoiéwsky y Thomas Mann-, hacia el final de los estudios secundarios me

fui orientando hacia la historia argentina, a través de lecturas diversas entre las cuales recuerdo la de José Ingenieros (*Evolución de las ideas argentinas*, entre otras obras suyas). Esos años fueron los del período final de la guerra y los inmediatos de la posguerra y estuvieron fuertemente influidos por el espíritu antifascista que animaba a gran parte de la vida cultural del país. A partir de allí, y coincidiendo con mi ingreso a la Universidad, sentí la fuerte atracción del marxismo, en ese conflictivo mundo cultural argentino de la segunda posguerra y del ascenso al poder del peronismo. El estudio de las obras de Marx, posteriormente renovado por la lectura de Gramsci, que fue alternado -y en alguna medida compensado- con los estudios de historia de la filosofía en mi carrera universitaria, ocuparon parte importante de mis últimos años de Facultad. Debo advertir que, preocupado por los problemas teóricos y metodológicos que advertía en la Historia como disciplina, me inscribí en la carrera de Filosofía además de la de Historia, pero decidí cursar primero Filosofía para mejor aprovechar luego -pensaba, en mi ingenua programación del tiempo que tenía por delante- los estudios de Historia. Finalmente, una vez recibido en Filosofía abandoné la Facultad y me dediqué a la Historia con el poco bagaje que había recogido en algunas materias que cursé, y tratando de compensar el déficit con un programa de estudios personales.

2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Pocos lugares del mundo habrá en que esa distinción, por más que se esfuerce el voluntarismo nacionalista, sea fácil de justificar, y muy especialmente en los países iberoamericanos. En este sentido, y como ya había señalado Borges en "El escritor argentino y la tradición", me parece que substancialmente la tradición argentina es la de la cultura universal. En alguno de mis primeros trabajos intenté recoger lo que llamábamos la tradición del "pensamiento de Mayo". Era más un voluntarismo de raíz política que una real convicción. Aun en los países latinoamericanos que mayor "distintividad" parecen tener merced a los vestigios de civilizaciones indígenas, la producción intelectual, en ciencias sociales y humanidades, está muchísimo más enraizada en la cultura europea que en las culturas indígenas. Observación que vale para el mismo indigenismo, que si bien puede encontrar antecedentes en el período colonial, como ocurre en México, en sustancia, prolonga huellas iniciadas por el Romanticismo en el siglo pasado, con aditamentos como los de la Antropología de este siglo. Si alguna tradición argentina puedo registrar como antecedente de alguno de mis trabajos -por ejemplo, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*- es la preocupación por la relación de Argentina con Europa que desde la segunda mitad del siglo pasado acucia a la intelectualidad argentina como problema central o, según se acostumbraba decir no hace mucho, como un "angustioso problema existencial". Pero sin descuidar que esa reflexión está asentada, generalmente de manera inconsciente, en el discutible supuesto romántico

de que las naciones contemporáneas existen como expresión de una previa nacionalidad. Siempre recuerdo el caso de Alberdi, que de programar en 1837 un radical rechazo de todo lo que "no es nuestro", de todo lo "exótico", desemboca más tarde en la comprobación de que "no somos americanos, sino europeos en América."

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

No mucho, lamentablemente. La vida cultural de la ciudad de Rosario en esos años no ofrecía apoyos relevantes para el trabajo en ciencias sociales y humanidades. Sí en cambio fue muy valioso, en un terreno no profesional, el contacto con gente de teatro independiente, escritores y plásticos. Un tanto tardíamente, cuando ocupé en 1957 la cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentina, en lo que luego sería la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná, tomé contacto con Juan L. Ortiz, y, posteriormente, con Hugo Gola y Juan José Saer, entre otros, amistades que contribuyeron a una fructífera atención a la literatura contemporánea. Asimismo, formé parte del grupo que en Buenos Aires editó *Nueva Expresión*, dirigida por Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman, a través de una relación política común con Héctor P. Agosti. E inclusive, colaboré brevemente en el primer número de *Pasado y Presente*, invitado por Aricó y otros amigos cordobeses. Estos contactos fueron también importantes para, a través de la común atracción por Gramsci y la cultura política italiana de izquierda, que nos llegó inicialmente por intermedio de Agosti, alejarnos de posturas ortodoxas y finalmente del mismo Agosti. En realidad, y dado que tampoco tuve éxito en mi tentativa de completar mi formación en París, debo reconocer que mi formación ha sido substancialmente de autodidacta.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Es imposible llevar a buen puerto la labor de investigación si no se apela a las opiniones de colegas y colaboradores, y aun de alumnos. En mi caso, mi trabajo personal de investigación coexiste con el de la dirección de un Instituto de investigaciones históricas. Esta actividad, pese a que consciente hemos reducido al mínimo indispensable los aspectos burocráticos, es muy costosa en tiempo de trabajo, precisamente por la carga de lecturas de los manuscritos de alumnos, colaboradores, colegas, así como los que provienen de evaluaciones, concursos y otras actividades. Leer a otros autores es entonces una aspiración difícil de concretar, y por momentos uno se siente desactualizado en las lecturas básicas necesarias. Una lectura indispensable, lógicamente, que es imposible eludir, es la de los autores que se han ocupado de lo que uno está trabajando. Pero lo que lamentaba antes es, en cambio, la falta de tiempo para la lectura de obras que interesan por

motivos ajenos, o no directamente vinculados, a la investigación, pero que pueden enriquecerla mucho más, aunque no en forma inmediata, que las otras.

5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

En general, los que corresponden a un buen historiador a secas.

6. *¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

La historia de las ideas ha experimentado un renacimiento, luego de los años en que estuvo absurdamente postergada por el éxito de la historia social y económica, que está dando frutos de importancia. No estoy tan informado como para realizar un estado de la disciplina capaz de registrar los debates, desatados -como el que emprende Ginzburg con Vovelle en *El queso y los gusanos-*, o en ciernes. Pero creo que en buena medida hay un debate, sea explícito o no, sea plural o de cada historiador consigo mismo, en torno al antiguo e irresuelto problema de la pretensión de "cientificidad" de la Historia.

Por ejemplo, y estos son sólo comentarios improvisados, notaba hace poco que, luego de exponer en forma clara y bien armada el carácter no neutro de la narrativa histórica, que otorga a los hechos narrados "una coherencia ilusoria" y añade a la realidad contenidos no menos subjetivos que los de la ficción, de alguna manera Hayden White sostiene una creación del hecho histórico por el discurso, mientras que Kosellek, en cambio, señala que sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos, pero que ellos no se agotan en "su articulación lingüística". Al reflexionar sobre esas lecturas me pareció que, si se las confrontaba, de alguna manera se podía reiterar la discusión sobre la realidad o irrealidad del mundo exterior a la conciencia, corriendo el riesgo de no advertir que, valga la vieja advertencia, cualquier posición que se adopte es tan metafísica como su contraria. La disolución operada por las teorías del discurso es un *a priori* tan discutible como el que reemplaza. Y vino al caso una realista, aunque insuficiente, observación del gran historiador del mundo clásico, Arnaldo Momigliano, en el sentido en que todo lo que afirma su gran amigo, escribía, Hayden White, puede resultar acertado o erróneo, pero que no da cuenta de algo fundamental y característico de la Historia, su obligación *sine qua non* de estar basada en pruebas, cosa que no ocurre con otras expresiones literarias..... Circunstancia que, por otra parte, hace que los historiadores se vean obligados a controlar y perfeccionar continuamente los métodos que utilizan para comprobar el valor de la prueba, pues ellos resultan esenciales en la investigación histórica.

Sin embargo, si bien las objeciones de Momigliano resultan convincentes, aunque con la salvedad de considerarlas una constatación de lo que realmente ocurre

y no de lo que debería ser válido, su opinión sobre la importancia secundaria de la forma de exposición peca por incompreensión de la crítica del tipo H. White. Y esto se vincula con el flanco débil de su postura, en el sentido recién indicado, al comentar que no tiene objeciones contra el análisis retórico de los textos históricos siempre que ese análisis conduzca a encontrar la verdad. Es decir, que no se ha planteado el irresuelto problema de la "verdad" histórica, y aun científica. Es evidente que Momigliano tiene razón en cuanto su objeción no hace otra cosa que reflejar la forma en que trabajan los historiadores. Pero esto no obsta para ser consciente de la necesidad de advertir que la pretensión de científicidad de la Historia es un problema. Y que, más aún, forma parte del más general de la "cientificidad" de la ciencia.....

Esto es entonces, un campo de debate siempre vigente, y para moverse en el cual no viene mal refrescar algo de historia de la filosofía, aunque sea para advertir en qué medida estamos reiterando cosas ya discutidas, y en qué medida podemos avanzar.

7. Cuáles fueron los libros de Historia de las Ideas que más lo impactaron en su vida intelectual? Por qué?

Advierto antes de responder, que las obras que citaré fueron las que efectivamente me influyeron, no necesariamente las que recomendaría ahora. Cité ya una, en un momento muy temprano, a fines de la escuela secundaria: la *Evolución de las Ideas Argentinas*, de José Ingenieros, que ofrecía una estimulante distribución del bien y del mal en el pasado argentino, abrevando con intensidad en la obra de Vicente Fidel López, y cuya influencia debe computarse no tanto por la inicial adhesión a ese esquema, sino por la posterior labor de crítica que de ese tipo de posturas historiográficas debimos hacer muchos de nosotros. Posteriormente, ya encauzada académicamente mi relación con la Historia, fueron muy estimulantes para esa etapa los aspectos que de la historia cultural contenían obras como *Las revoluciones burguesas* de Eric Hobsbawm, así como los textos de Gramsci sobre los intelectuales. A ellos, de alguna manera, estuvo vinculada mi inicial labor en la citada cátedra de Paraná, y la preparación de los *Ensayos sobre la Ilustración Argentina* (1962), que me ocupó entre 1958 y 1960, aproximadamente.

Asimismo, las lecturas de historia de la filosofía que debí realizar mientras cursaba esa carrera, y que me atraían muy especialmente, creo que contribuyeron mucho a mi formación. Me interesé lógicamente por la teoría del conocimiento, no por la metafísica -aunque recuerdo la utilidad que tuvo para mí, para la reflexión sobre el complicado problema del sentido de las palabras, lecturas como las de Etienne Gilson, pese a su distancia de lo que motivaba entonces mi adhesión-, o la de los filósofos alemanes contemporáneos, que debí estudiar en la Facultad. Los problemas de la teoría del conocimiento, desde los griegos en adelante, me parecen sustanciales para organizar mejor los criterios de análisis sobre las obras de historia de las ideas, así como para juzgar algunas corrientes contemporáneas que suelen reiterar

inadvertidamente respuestas ya dadas a los problemas centrales de la gnoseología. Por otra parte, durante el período final e inmediato posterior a mis estudios universitarios, además de la lectura de los trabajos de Marx y Engels, y además de la lectura de autores clásicos -Descartes, Locke, Kant...- dediqué también mucho tiempo, casi dos años, a la lógica grande de Hegel, en la traducción de Mondolfo. Si bien al dedicarme más intensamente a la docencia y la investigación en historia debí interrumpir esos estudios, fueron de particular influencia en mi formación. Pero del conjunto de obras de historia de las ideas que leí y utilicé en la enseñanza, me sería difícil seleccionar alguna. Muchas veces, la importancia de esas lecturas provenía más que del valor en sí de la obra, de su significación para la historia intelectual personal, al poner en cuestión ciertas nociones o abrir nuevas perspectivas.

Lo que sucedió es que, si bien mis primeros trabajos publicados, como resultado de mi dictado de la cátedra de Historia del Pensamiento y de la Cultura, pertenecen a la historia de las ideas, mi objetivo era intentar un abordaje total de la historia. En realidad, los *Ensayos sobre la Ilustración argentina* fueron en su origen la segunda parte de otro ensayo sobre la estructura económico social del Virreinato del Río de la Plata; ensayo que no me decidí a publicar, afortunadamente, por considerarlo aún incompleto en la información utilizada. Posteriormente, al comenzar a trabajar sobre lo que sería *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*, la elección y el tratamiento del tema fueron motivados, entre otros factores, por la intención de vincular la historia cultural con la historia social y económica, tal como se puede observar en el libro.

HEBE CLEMENTI

Profesora de Historia y Licenciada en Historia de América, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1961 y 1966. Se ha desempeñado como docente universitaria en diversas asignaturas, y específicamente en Historia de América Contemporánea. Profesora Titular en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora Titular en el Instituto Nacional del Profesorado, en Seminario de Investigación sobre Historia de América. Profesora Titular en la Universidad de Belgrano sobre Historia de la Historiografía Argentina. Se ha especializado en Historia de los Estados Unidos y actualmente en Historia de la inmigración e Historia de las ideas. Ha cumplido diversas funciones técnicas: Secretaria del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA (hasta 1966); Secretaria Académica de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA (1970); Directora del Museo Roca, Instituto de Investigaciones Históricas (1984-85); Directora Nacional del Libro (1985-1990). Actualmente preside la Fundación *Otra Historia*. Es autora de numerosos libros, entre ellos: *Rosas en la historia nacional*; *El miedo a la inmigración*; *La formación de la conciencia americana*; *Juventud y política*; *Nudos gordianos de la economía radical*; *El radicalismo: trayectoria política*; *Abolición de la esclavitud en América Latina*; *Abolición de la esclavitud en Norteamérica*; *La frontera en América* (4 vol.); *María Rosa Oliver*, etc. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas.

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Me inscribí en la facultad en el 54, y salí en el 61. Período conflictivo como pocos, en el que no se entendía nada. Sobre todo yo, que llegaba de un barrio de las afueras -Versalles-, que me había casado en el 45, a los 18 años, y que tenía ya dos hijas. La decisión de estudiar la definió mi convicción de que no podía pasarme la vida entre ollas y ropa para acondicionar. Con el sacrificio que fuese, debía estudiar y lo que me atraía era la literatura, pero también la historia. Siempre víctima de mi conciencia de inferioridad, y también de mi situación de vida ajetreada, elegí historia, quizá porque de chica mi padre llevaba a casa tomo a tomo la historia universal de Cesar Cantú y algunas cosas que leímos en voz alta me conmovieron o me interesaron, cuando no me aburría o me adormecía. En el colegio secundario había sido alumna más que buena, y en verdad, aunque las humanidades como decimos ahora me resultaban fáciles, tuve muy buen rendimiento en todo. De modo que sin más bagaje que algunas lecturas supletorias entre la salida del liceo y mi casamiento, entre las que recuerdo Thomas Mann, Franz Werfel, Vicki Baum, Maurois, Gide, nada nacional, algunas biografías y novelas de Stefan Zweig, Katherine Mansfield, Henry James. Todo muy desperdigado, sin raíces, al golpe de intuición. La época por la que se atravesaba influía quizá en mi confusión. Había entrado a trabajar con un matrimonio vienés, refugiados judíos, que tenían puesta una agencia literaria, Internacional Editores Co., y allí era mecanógrafa, traductora, y lectora de los libros que llegaban y que luego resumía brevemente para enviar a las editoriales para lectura. La cultura hecha modo de vida de esta gente me impactó, como también el tema de las actividades pro-nazis

en Argentina, que me alertaron sobre contenidos que no habían llegado hasta mí, desde mi hogar y mi entorno. Mi marido, luego, de una posición tomada hacia la izquierda, desde años antes, y además judío no religioso, me ubicó en el ojo de la sensibilidad sobre el tema de las persecuciones, la libertad de culto, el respeto a los derechos humanos, etc. Todo junto, que a su vez se unió al disloque en la universidad, a la caída del peronismo, con profesores de antes y después, más los emigrados con la corona de mártires del primer peronismo, los concursos dilatados para impedir que determinados profesores accedieran a las cátedras, desorganizadas en general, y en particular. Las diferencias entre gorilas y flor de ceibo, el comienzo de la reaparición del pasado inmediato a través de los hechos generados por el gobierno, el macartismo instalado, las crisis europeas, el sindicalismo opositor, etc. configuraban un fuerte y controvertido batallar. Yo, entretanto huía de todo barullo conminada por mi tiempo escaso y la necesidad de regresar enseguida a mi casa y a mis hijos. Estudiaba cada materia de la mejor manera, con la menor asistencia posible, y con el mayor deleite escondido. Creo que formación, como se entiende, al lado de un maestro, no tuve ninguna. Ni tampoco cuando me recibí, porque elegí historia de los Estados Unidos, para empezar mi licenciatura en Historia de América contemporánea. Ahora que lo pienso, sublimaba mi politización subterránea a través de la historia, y elegía la que más me tocaba, la que más me pertenecía: la historia de América Latina. Recuerdo que las charlas de don Claudio Sánchez Albornoz me resultaban "maravillosas" pero asistí a muy pocas, y que estudié con fascinación todo lo que debía leerse de historia de España. Si debiera elegir hoy, seguramente lo hubiera hecho por Julio Payró, porque para mí fue un deleite seguirlo, tenerlo también como jefe de trabajos prácticos, además de titular. Las clases de Castellan me pusieron ante un verdadero maestro en el más puro estilo académico, pero su escaso interés por la historia intelectual en sí misma me alejaron de su temática, aunque él y el Dr. Arocena me propusieron seguir con ellos en la cátedra. Lo mismo hizo Payró, al cabo del cuatrimestre y de las pruebas escritas. Pero yo ya había optado por Historia Contemporánea, no por el profesor Oría en sí mismo, sino por la temática que me acercaba -otra vez- a la respuesta que buscaba para el destino de América Latina. No extrañé pues mi elección en historia norteamericana, al principio. Mi explicación racional de entonces es que había que conocerla, en sí misma, lejos de la polarización dependencia-soberanía, al uso, o de los reclamos a favor del castrismo o el guevarismo que tapaban el panorama. El primer libro completo que leí sobre esa historia fue -en el verano del 60, durante el veraneo- el libro de Parrington (Vernon L.) sobre el desarrollo de las ideas en los Estados Unidos, que me pareció algo así como la historia de la literatura de Ricardo Rojas que me había fascinado cuando debí estudiar historia argentina, aunque estaba fuera de la bibliografía.

2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Esta respuesta se coordina con la anterior. Efectivamente, el impacto equivalente a una puesta en marcha me lo dio la historiografía norteamericana que empecé a manejar. Una manera distinta de abordar la historia, una confrontación permanente de las posiciones conflictivas, nunca sectaria, y alejada de la confrontación hiriente de la historiografía argentina, que me sacudía por su desajuste. La polémica en torno al rosismo aunque no la conocía integralmente me había dejado lastimada. En efecto, en el 66, opté por renunciar a la facultad (cuando estaba concursando para Historia Americana Contemporánea, y cuando había ya trabajado el tema para mi licenciatura en Historia de América, que defendí el mismo día en que asumió Onganía). Paralelamente, empecé a trabajar en el libro sobre Rosas en la historiografía nacional, que cinco años después editaría. De modo que nunca me sumergí en tradición intelectual definida alguna, o en todo caso, en varias aguas a la vez.

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectada con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

Además de lo dicho, cabe agregar que en esos años, precisamente, entre el 60 y el 66 (fechas de mi graduación como profesora y de acceder a la licenciatura) se estuvo dando la pelea literal entre profesores académicos o conservadores (no sabría cómo llamarlos porque además tampoco tenían tradiciones homogéneas) y los que se adherían a la Escuela de los Annales, con José Luis Romero a la cabeza, pero principalmente con dos delfines extraordinarios: Tulio Halperín Donghi, por un lado (que se había doctorado con historia de España y junto a don Claudio Sánchez Albornoz) y luego el propio hijo de con Claudio, Nicolás que viene de la España franquista, y que ha pasado por la Francia de los *Annales*. Está también Gino Germani, que inaugura la carrera de Sociología, en la que Tulio dicta Historia Social Argentina, y la lucha es colocar Historia Social General como parte de la carrera. La inquina a Romero se da en muchos planos. Entre otros, además de la lógica envidia por su calidad profesional, por su sospechada inclinación a la revaloración del peronismo, tácita aunque no explícita. Y también porque desde el encuadre de una Historia Social General, no cabían demasiado las compartimentalizaciones de cátedras clásicas ya en la facultad. Y precisamente yo, que no entendía demasiado del pasado, me encontré en el eje del tema por el hecho que el Dr. Luis Arocena (uno de los que regresaban del exilio en Puerto Rico), más allá del socialismo al que había pertenecido en su juventud, había conquistado una mirada lejana y enriquecedora acerca del pasado, que lo invalidaba para tratar el pasado más cercano, aunque su idea estaba formada para siempre. La contienda entre los profesores, en el seno de la Junta Departamental era terrible. Recuerdo la gracia inteligente y la opción siempre viva para el entendimiento de Tulio Halperín, siempre. Y la co-ligazón de miras de algunos otros, cabales u honorables, buenos investigadores en esencia, que escapaban a los grandes encuadres por el miedo al marxismo dentro, o las generalizaciones que los desubicaban. Cabe aquí mencionar la tarea sistemática,

guardiana, del profesor Ricardo Caillet-Bois que dirigía el Instituto de Investigaciones Históricas "Emilio Ravignani", y que llevaba en cierto modo el cetro de lo que se decidiera en historia argentina. Irrecuperablemente "gorila", era apreciable desde muchos otros lugares. Lo mismo el propio Dr. Arocena, enemigo acérrimo de José Luis Romero, y viceversa, siendo ambos de modalidad diferente, y de viva inteligencia. Pero la pregunta es dónde estaba yo. Pues en parte alguna, aunque bien vista por los "conservadores" para llamarlos de algún modo, que me pensaban de sus cuadros. No era contraria doctrinariamente, pero sabía que en algún lugar no estaba con ellos. A los otros los leía eventualmente, no participaba de cerca, no había entrado a Historia Social (que para entonces contaba con fondos especiales de fundación Ford, y estaba empeñada en estudios conjuntamente con sociología sobre demografía, curvas de ingresos y egresos en la aduana, etc., que ciertamente nadie había emprendido hasta allí). Iban, por otra parte a Europa becados, como Reyna Pastor de Togneri, y Haydée Torres, que luego trabajaron dentro del Instituto, y conformaron junto con Nicolás, Tulio Halperín, Ezequiel Gallo y sobre todo Roberto Cortés Conde, la Escuela de Historia de la Universidad de Rosario, a la que impulsaron con trabajos sistemáticos que siguen haciendo hoy escuela. En Buenos Aires la onda de los conflictos, agravados con el maoísmo, el castrismo, la guerra de Vietnam y el macartismo, todo reunido, más el ongarismo, y la reivindicación del peronismo -algún peronismo- configuraban un ámbito realmente volcánico.

Con mi renuncia en el 66, creo que cerré esa etapa de indefinición. Y sola, desde mi más profunda soledad, escribí el *Rosas*, que es un ejercicio de ahondamiento y estudio de la génesis del conflicto, un conflicto al menos, tal como yo lo sentía. El clima intelectual entendido como circulación de ideas, renovación de conocimientos, moda del tiempo, me fue ajeno. Totalmente ajeno, lamentablemente. Y en cuanto a los profesores de los que estuve más cerca, aprendí de ellos, estilo, seriedad, sus mores, pero nada que pudiera llamarse escuela. Cuando se supo que me dedicaría a historia de Estados Unidos, y que Frederick Jackson Turner me había cautivado, el profesor Arocena, me distinguió trayendo de un viaje a Estado Unidos, una edición muy cuidada de la famosa clave de la frontera. Eso fue todo. Y de parte del profesor Julio César González, titular de la cátedra que decidí seguir, de América II tuve la más grande adhesión. Yo seguía sus programas, pero desde la órbita de las relaciones con los Estados Unidos. Le mostraba la bibliografía, y escribía mis clases. Fueron dos hermosos cuatrimestres, contruidos así, que en verdad mostraron en resumen una buena articulación. Después vino el 66, y me fui. En el 69, después del Cordobazo, y por presión del Dr. Angel Castellan, a quien le ofrecieron el Decanato de Filosofía y Letras, fui por unos meses Secretaría Académica, imposible ejercicio, al que debí renunciar cuando se dejó vencer en Rectorado el plazo acordado para hacer conocer los trabajos jurados confeccionados desde la Secretaría Académica. Había aceptado esencialmente para que se realizaran los concursos. Hubo algunos que se sustanciaron a mi salida, pero las dificultades no cedieron sino que arreciaron. Entretanto, yo había aceptado de parte del Dr. Enrique Barba, el ofrecimiento de dictar

Historia de América Latina Contemporánea, un compromiso enorme que el Dr. Barba -que conocía mi trabajo sobre Panamá- me propuso que lo hiciera yo. Expresamente me dijo que los únicos que sabían algo de lo que yo sabía eran anarquistas, y él no los quería en la cátedra. Supongo que se refería al prof. Plá, que estaba en Historia Social, y a quien siempre se le escamoteaba la posibilidad de dictar un seminario de historia social, o de historia económica... en Buenos Aires al menos. Me puse en trance de corresponder a esa confianza, y con los artículos del *Hispanic American Historical Review*, más dos o tres libros básicos como el de Underwood para historia económica, el de Miller, editado por Nova, el de Billington sobre la frontera, y otros, combiné un programa. Al menos no era copiado, integrada continentalmente a América, y seguía un ordenamiento cronológico. Mientras tanto, no había abandonado a la Comisión de Historia de la Fulbright (creo que no estoy nombrando bien a la institución, que fue creada en 1966, por el Dr. Roland T. Ely, el primer norteamericano que dictó un seminario en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires). No era maravilloso pero estaba empeñado en hacerlo, trajo un baúl de libros, muchos destacando el conflicto entre el deber ser y la realidad, y yo trabajé muchísimo traduciendo textos y resúmenes para que la gente no se viera invalidada por la carencia de idioma. La Asociación de Estudios Americanos nació en 1966, en los días en que comenzaba el gobierno de Onganía, y con mil alternativas sobrevive. Yo soy la socia número 4. Publicamos numerosos tomos de las Actas de los Congresos anuales que se realizaron y cada vez yo presentaba verdaderas investigaciones que hacía a lo largo del año.

Pero la verdadera cruz de mi accionar eran las clases de Historia de América Latina, período en el que leí cantidad de novelas de autores latinoamericanos, y que casi me pasé con todo mi bagaje a la literatura porque sentía que me daba tanto más Rulfo sobre México, que las historias comunes, o Arguedas para Colombia. Fueron años de verdadero frenesí de estudio.

Finalmente, en el 71' estuve seis meses en Estados Unidos en una beca de investigación que me proporcionó Fulbright, cumplida en el Southern History Institute, de la Johns Hopkins University, Baltimore, en la Library of Congress, y en Latin American Institute de Austin, Texas. Buscaba completar mi trabajo sobre la reconstrucción, período oscuro y conflictivo en la historia norteamericana, que sin embargo abre los verdaderos cauces en los cuales se movieron los abolicionistas en el Congreso norteamericano. Encontré un medio que no discutía ni quería hacerlo, mucho más sureño de lo que se pueda imaginar en Maryland, y yo por mi parte, me hallé fascinada por la manera de trabajar y las posibilidades a la mano, pero limitada por muchas razones, y entre todas, porque me sentí discriminada, o yo no supe ubicarme. De modo que para mí fue enteramente provechoso, aunque cancelé mi búsqueda, sentí que Latinoamérica tenía otras pautas culturales y que nadie apoyaría mi interés "excesivo" por los entretelones norteamericanos. Total, que no me arrepentía de mi conocimiento, pero no estaba dispuesta a seguir en esa ruta. Mi enganche fue desde la historia de América Latina, los pioneros en la construcción de

ferrocarriles, la conexión con los problemas regionales, el mestizaje. Y en todo caso, también lo hice sola, absolutamente sola, y no por orgullo ni presunción, sino por contingencias de la realidad. Tuve también un Seminario de Investigación en Historia Americana en el Instituto Nacional Superior del Profesorado donde soy consciente de haber propuesto temas y experiencias de trabajo novedosas. En el 77 fui privada de la cátedra -donde nunca se concursó- en La Plata, y renuncié al Profesorado, antes de que me echaran... Otra vez sola y a la deriva. Cuando la Universidad de Belgrano, uno o dos años después, me propone dictar Historia de la Historiografía Argentina. Y a partir de aquí entré en la historia de las ideas, de las que no saldré ya, y específicamente también me he interesado en la historia de la inmigración, el mestizaje cultural, la distancia social, etc. Por ese camino, cuando salí de la Universidad, quedé conectada con Hugo Biagini, que fue esencialmente el promotor de los trabajos sobre la entrada del krausismo en la Argentina, y a quien le debo reconocimiento por su constancia y su capacidad nucleadora. Mis trabajos en historia de América me habían llevado a estudiar el Radicalismo, cuyos orígenes se me hacían tan oscuros... de ahí mis trabajos sobre el tema, y con los vientos políticos que comienzan a soplar en 1982, me afilié al Radicalismo, convencida del sentido pleno de su nudo doctrinario. Cuando pude regresar a la Universidad -vía ofrecimiento del Dr. Francisco Delich- preferí el trabajo político, mortificada por mis carencias de más de un lustro de actividad universitaria.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Con todo lo anterior creo haber contestado al punto 4. No es que he querido estar sola ni que me haya negado a tutelas o guías, es que sencillamente las condiciones político educativas, y personales, no conciliaron un trabajo posible, y es casi una condena la de haber hecho camino sola y además consciente de deficiencias... total que es irreversible. Todo hubiera sido mejor, pero en cierto modo es un destino de pioneros. Porque si se toma en cuenta mis iniciativas, algo de eso es cierto, por modesta que quiera ser en la evaluación. Y por modesto que hayan sido los resultados. Quizá el quid haya sido en sustancia no haber pertenecido doctrinariamente a partido alguno, y haber siempre antepuesto la convicción intelectual a la pertenencia de sector. No me arrepiento de eso, sólo que uno no puede estar explicando permanentemente sus cuestiones de índole más o menos personal... *Voilà*.

Certeau dice que el trabajo histórico siempre está conectado a un lugar... pues bien yo no lo encontré nunca. O más bien, cuando me lo ofrecieron, me dio pudor y por modestia lo rechacé.

5. Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

Creo que es pregunta para psicoanalistas. Si no están analizados no sirven. Y eso nos pasa con las ideas. Si no se está vacunado de doctrinarismo y de suficiencia no se puede entrar en la divisoria de aguas de las ideas, porque se pierde esa vocación de entender los móviles, y percibir las diferencias a veces sutiles pero decisivas. Es una apuesta a la libertad de pensar. Al mismo tiempo, entiendo que proporciona una clave muy valiosa para percibir el meollo de los cambios y los estilos del accionar de las sociedades. Tiene además que ver con la subjetividad en la historia, sin la cual, por mucho aprecio que se tenga a la objetividad y por muy necesaria que sea para la inefable comprobación científica, la historia deja de pertenecer al hombre.

6. Cuáles, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?

Me parece que bajo este nombre el debate no está instalado. Ahora bien, creo que cada vez se percibe con más claridad que las respuestas economicistas están lejos de arrojar toda la verdad del acontecer, y cada vez es menos así. Pero me parece que falta un debate renovador, que incorpore nuevos problemas. Un ejemplo ruidoso en este sentido es la manera en que se acercan al tema de la Postmodernidad, que repite estructuras de comportamiento y de reflexión prestadas, alejadas de nuestra propia condición de intelectuales del cono sur americano.

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más la impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

Por todo lo dicho, creo que los libros norteamericanos que podrían calificarse de historia de las ideas, especialmente los de Hofstadter, Lerner, Gabriel, Dorfman, han sido altamente reveladores. Y otros autores, como Potter, Genovese, etc. No olvido a José Luis Romero y sus diversos libros, todos ellos, inspiradores y verdaderas comucopias de entendimiento. No quisiera extenderme mucho más. Últimamente los libros sobre el progresivismo español, el institucionismo, y el compendio de L. Abellan, fueron también una renovada fascinación. Los trabajos de Beatriz Sarlo, por ejemplo, que pudieron ser inspiradores hace un tiempo, me parecen haber caído en una especulación demasiado alambicada en las ideas, sin reflejo consistente con la realidad a que están referidos. De todos modos, son caminos que debieran transitarse mucho más. Noé Jitrik en alguna medida me parece más directo y más comprometido. Hugo Biagini ha dado trabajos señeros también, y en cualquier caso, son una oferta sugestiva de cómo abordar la historia de las ideas entre nosotros.

Para concluir, me gustaría que se recordara aquella definición de Collingwood sobre qué era la Historia, que aprendimos en *Introducción a la Historia*, y repetimos sin que alcanzara ese nivel de conciencia e inteligencia, que nos llega como al cabo del quehacer, entremezclada con toda la hermenéutica documental que usamos para cubrir-alcanzar esa pretensión de objetividad y de mensura que nos galardona como

científicos sociales. Pues bien, desgranando esa granada que es el fruto maduro de la investigación comprendida, allí está el tema de la historia de las ideas, de las motivaciones, que siempre empujan una idea de futuro en la entraña misma del presente hecho de mucho pasado memorizado o no.

El hecho de que con un grupo de gente hayamos creado, en el umbral de los casi setenta años, una Fundación que denominamos *Otra Historia* está realizando esa búsqueda de lo cualitativo en la historia, o de la subjetividad que tantas veces no se alcanza, y que está expresada en calzar las ideas movilizadoras. Esencialmente, de eso se trata. Dar valor al pensamiento de la gente, a lo que siente, sin dejar de lado por eso, otras fuerzas constitutivas como el control del poder o la economía o el tema del género a través de la historia. Facetas todas de una verdad múltiple y única a la vez, que en el orden de las ideas que impulsan a la acción con sentido alcanzan plasmar un aspecto de la realidad múltiple.

FERNANDO DEVOTO

Nació en Buenos Aires, en 1949. Graduado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1978). Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Roma (1980-81). Es Profesor en el Departamento de Historia y Director del Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina en el Instituto de Investigaciones Históricas "E. Ravignani" de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Es coordinador del Programa de Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ha sido Profesor visitante en las Universidades: Central de Barcelona (España); Ancona, Nápoles (Istituto Universitario Navale) y Sassari (Italia); de la República (Uruguay); y en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici (Nápoles). Es autor de: *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX* (Nápoles, 1991); *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea* (1992); *Movimientos migratorios: historiografía y problemas* (1992); y en colaboración con María Inés Barbero, *Los nacionalistas* (1983). Ha compilado diversos trabajos: *La inmigración italiana a la Argentina* (con G.F. Rosoli, 1985); *L'Italia nella società argentina* (con G.F. Rosoli, Roma, 1988); *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada* (con E. Míguez, 1990); y *La historiografía argentina en el siglo XX* (1993). Ha publicado numerosos trabajos en revistas especializadas y en volúmenes colectivos de nuestro país y del extranjero.

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*
2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*
3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*
4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*
5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*
6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*
7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

Uno de los hábitos de fin de siglo es que los historiadores expongan sus itinerarios intelectuales, los motivos que los impulsaron a escribir tales o cuales libros, las claves de lectura de los mismos. Es cuanto menos dudosa la utilidad de estas nuevas fuentes producidas para aclarar el sentido de aquellas otras que son el motivo de la indagación historiográfica. Y más incierta es cuando adquiere la forma algo exhibicionista de unos *essais d'ego-histoire* en los cuales la vida privada y las opciones públicas del historiador se entremezclan con su formación profesional. Estas pocas líneas no buscan asemejarseles, ante todo porque descartan toda referencia privada, en la creencia de matriz croceana, que ellas interesan a la *storia*

dei camerieri y no a la historia de las ideas. No serán tampoco algo tanto más pertinente como aquel antiguo *Contributto alla storia di me stesso*, del filósofo abrucés; dudo de que ello tuviera interés para los potenciales lectores. Las siguientes páginas buscarán brindar en cambio un testimonio personal acerca de los ámbitos en los que he estudiado y de los climas culturales que en ellos se vivieron, ya que es difícil hacer un balance de una trayectoria intelectual como la propia sea por motivos generacionales -la misma se encuentra en la mitad de su vida intelectual potencialmente útil y nada evita presumir que los años por venir no sean menos inciertos que los precedentes-, sea por motivos específicamente nacionales: la falta de tradiciones intelectuales consolidadas aunada a la inestabilidad institucional y académica impiden percibir cualquier trayectoria profesional como algo previsible desde el molde en el cual se forja, o como una sucesiva serie de etapas lógicamente encadenadas en un *cursus honorum*.

Estudié en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1971 y 1977, es decir a lo largo de tres espacios académicos bien diferenciados: la Facultad del Lanussismo (1971-1972) en la que coexistían los retornados de 1966, los viejos profesores inmutables a cualquier coyuntura política y los que habían regresado al impulso de la apertura que hacia sectores del reformismo caracterizaría la gestión Castellan; la contestataria del período 1973-74 y la autoritaria (1975-77) que abierta con la gestión Sánchez Abelenda tuvo pocas modificaciones de clima intelectual interno (la coyuntura nacional sería ciertamente mucho más sombría desde 1976) y de elenco profesoral después del golpe militar. En realidad, un rastreo por los profesores que dictaban los cursos revelaría que en general hubo muy pocas modificaciones en el área europea en las tres fases y que los cambios concernieron a las áreas argentina y americana y sobre todo a la situación existente en otros territorios vecinos como la sociología. Sin embargo, si una Facultad es más que la enseñanza de una serie de conocimientos, cómo no recordar algo tan obvio como la enorme distancia de los climas que reinaban en aquellos tres períodos. Ellos obligaban por lo demás, sobre todo en los años 73-74, a muchos profesores tradicionales a realizar enormes esfuerzos con mayor o menor dignidad para adaptarse a los nuevos tiempos y no siempre de modo tan poco interesante historiográficamente como a través de la inclusión de un capítulo primero de un programa con un enunciado que decía aproximadamente "el estudio de la historia antigua en el marco del proceso de reconstrucción nacional".

Acerca de las dos primeras fases no tengo particulares motivos para un recuerdo laudatorio u oprobioso. Eran ámbitos intelectuales limitados, en general poco profesionales y en los cuales la posibilidad de transmitir conocimientos a potenciales discípulos (si es que estos hubieran estado verdaderamente disponibles para aceptarlos) encontraba serios límites en la falta de saberes (o si se prefiere de habilidades) del *metier d'historien* que caracterizaba (creo) a la mayoría de los voluntariosos profesores de entonces. En cierto modo, el visible agotamiento de la escuela erudita no encontraba en sus cultores más que ecos lejanos de una tradición

cuyo momento de gloria (si es que alguna vez efectivamente existió) había quedado atrás y las nuevas generaciones que buscaban sustituirlos no tenían (teníamos) ni un norte académico ni recetas aprendidas para aplicar que escaparan a una historia también ella ejercida de un modo tradicional aunque con mucha mayor carga ideológica y discursiva y una menor paciencia para ver los papeles que legitimaran los apriori escogidos. No tengo sin embargo un recuerdo unilateralmente negativo por tres órdenes de motivos. En primer lugar, porque creo que no es inmediatamente visible la excelencia profesional de otras épocas anteriores o posteriores, aun de aquellas que son unánimemente elogiadas en la distancia benévola de su confrontación con las sucesivas -y el término excelencia profesional debe entenderse aquí en el sentido de estándares de ejercicio de la profesión equiparables a sus congéneres europeos de épocas coincidentes-. En segundo lugar porque se trató de dos épocas (1971-72 y 73-74) extraordinariamente estimulables en lo intelectual y político lo que, *volens nolens* contribuyó positivamente a la formación de estudiosos en la disciplina histórica en tanto nos enmarcó en debates teóricos o políticos que proveían de muchas lecturas alejadas de la disciplina y de niveles de abstracción mayores que aquellos a los que comúnmente accede un estudiante de historia de épocas menos turbulentas y en tanto nos proporcionó una sed inagotable hacia la inquisición inconformista del pasado aunque las respuestas que se buscaran en él fueran desmesuradamente simplificadas y abusivamente pensadas en función de su instrumentalización política. Ciertamente, observando el conjunto de libros justamente condenados al ostracismo del *garage* uno puede abrigar razonables dudas acerca de la utilidad de ese volumen de lecturas de autores tan apasionadamente epocales sobre todo en tanto no encontraban un adecuado contrapeso en lecturas que reflejaban el estado de la profesión de esa época. En tercer lugar, debería observarse que aun en aquel departamento de historia existían elementos positivos, no me parece que en quienes consideraban pertinente olvidar sus notables competencias para brindar a los alumnos de una materia de historia europea un rol central a la lectura de Samir Amin, sino en aquellos otros que trataban de ser fieles a sí mismos en esos tiempos difíciles y brindar saberes en ocasiones (pero no siempre) modestos pero vistos en perspectivas útiles.

Guardo deberes de gratitud hacia dos profesores de aquellos años: Haydée Gorostegui de Torres y Angel Castellan. La primera me brindó la primera posibilidad de participar en el trabajo de una cátedra en 1974 y promovió en mi un interés duradero hacia la llamada escuela de *Annales*. Ello significaba una aproximación a ese grupo en el contexto de los temas en él predominantes en el momento en el que Haydée Gorostegui había tomado contacto directo con ellos en los años sesenta a través de su estadía en París, es decir el período Braudel. Ello implicaba reverencia hacia los padres fundadores, temáticas preferentemente de historia económica, cuantificación y la mediación hacia América Latina de Ruggiero Romano. Esto último implicaba además el otorgamiento de un rol central a algunos autores, como Labrousse y Kula, y una cierta desconfianza hacia otros, como Le Roy Ladurie. En el campo de la

historia de las ideas esta influencia orientada hacia alguna forma que se aproximara a las propuestas por Lucien Febvre en *Combats*, en el *Lutero* o en el *Rabelais*, sobre todo este último, aunque mi interés se orientaba más hacia el libro II de la segunda parte que hacia aquella admirable reconstrucción intelectual y filológica que constituye la primera. Es claro que en ese contexto (al cual podríamos agregarle aquel conocido artículo "contra el inútil torneo de las ideas") lo que emergía era más bien una prevención, que he conservado a lo largo del tiempo, hacia aquellas formas abstractas, demasiado elegantes y sistemáticas de hacer una historia de las ideas que se filian a sí mismas en el vacío y desprovistas de todo anclaje en las turbulencias de la cotidianidad social o política.

La segunda deuda es hacia Angel Castellan. A su modo, en largas y asistemáticas conversaciones, me puso en contacto con su inagotable biblioteca y me sugirió lecturas y perspectivas que apuntaban tanto a una imagen más compleja del pasado como a una revelación de los procesos historiográficos de construcción de estereotipos culturales. Todo ello ayudaba a una reproposición de la relación sujeto-objeto (presente por otra parte en el Febvre de *Rabelais* y "El viejo mito del renacimiento") y por esa vía a una orientación hacia los plurales más que los singulares (marxismos más que marxismo o humanismos más que humanismo) y hacia la discusión de una historia que tradicional o revolucionaria compartía sin hacerlo explícita la idea rankeana de las cosas tal cual efectivamente sucedieron. En cuanto a la historia de las ideas, todo ello remitía a caminos que veían atenuar su forma clásica de formulación (ideas que explican a otras ideas) por una desconfianza profunda y muy anticipadamente moderna (o posmoderna) a la posibilidad de brindar del pasado más que lecturas coherentes (e inevitablemente epocales) pero no "verdaderas".

Aquellas influencias no dejaban de abrir posibilidades muy fecundas en el largo plazo aunque en lo inmediato tendían a alejarme de todo énfasis en una tradición filológica que hoy considero imprescindible en la tarea del historiador y acerca de la cual encuentro las carencias mayores en mi formación universitaria pero más en general de los historiadores argentinos anteriores o posteriores a esa época, aun en aquellos que proclamaban que ese era el fin último y exclusivo de la tarea del historiador. Es claro que por tradición filológica no se entiende aquí un conjunto de recetas librescas aprendidas en uno de los tantos manuales de método, o en un ejercicio rutinario y muy poco profesional de mecánica reproducción de banalidades que podían deducirse de la selección de documentos que se utilizaban (analizar sería una palabra poco pertinente) en los trabajos prácticos de muchas materias del eje histórico. Se trata en cambio (creo) de un conjunto de prácticas, recetas, perspectivas, herramientas (y conste que eludo los vocablos técnicas o métodos) que forman una tradición en el ejercicio del oficio de historiador. Paradójicamente si alguna influencia puedo hoy reconocer como provechosa en ese sentido, ella sería la de un profesor de literatura española del Colegio Nacional de Buenos Aires, Isaías Lerner, que nos mostró cómo podía desmenuzarse un texto (en un curso que discurrió todo el año en torno al *Amadís* y a los seis primeros capítulos del *Quijote*) brindándole

nuevos sentidos si colocados a la vez en su tradición intelectual de gestación, en su contexto histórico de interacción y en un afinado análisis del lenguaje.

Los años de la dictadura militar transcurridos académicamente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, donde dictaba una historia universal desde 1976, me orientaron decididamente hacia lecturas europeas y aumentaron una francofilia bibliográfica alimentada por compras que en Presses Universitaire de Frances y en Jean Touzot pude hacer en París en ocasionales viajes europeos. Con todo, mi entusiasmo ante el descubrimiento de las brillantes propuestas de los sucesivos habitantes del boulevard Raspail, no canceló el gusto por trabajos que ya entonces podían ser considerados clásicos, como los a su vez tan distantes entre sí, *Erasmoy España* de Marcel Bataillon o la *Introducción a la Historia del Liberalismo europeo* de Guido de Ruggiero. La falta de contactos externos sin embargo me dificultaba la posibilidad de establecer relaciones académicas formales con el exterior. Circunstancias fortuitas me pusieron en contacto con la información de becas disponibles en Italia. Hubiera querido obtener una de ellas para estudiar el iluminismo milanés (en especial Beccaria) a lo que sin duda no era ajeno el clima existente en Argentina y mis intereses historiográficos en aquella modesta cátedra. Prudentes consejos me sugirieron que las posibilidades de obtener una beca se incrementarían eligiendo un tema como la inmigración italiana en la Argentina. Obtuve una beca ofrecida por el Istituto Italo Latinoamericano y el Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1980-81, para hacer una investigación sobre ese tema, teniendo como lugar de trabajo el Istituto di Storia dei partiti e dei movimenti politici de la Facoltà di Scienze Politiche, Demografiche ed Attuariali de la Universidad de Roma y como supervisor a Renzo De Felice.

Tengo un grato recuerdo de aquel período y una enorme deuda de gratitud hacia la cultura y la historiografía italianas -de cuya tradición intelectual (si es que ella pueda considerarse una) me gusta imaginarme como un modesto continuador-, con la que pude mantener un contacto sostenido ya que desde 1984 hasta el presente pude retornar casi todos los años como profesor o investigador visitante. Aquel primer año fue sin embargo decisivo en tantos aspectos. Ante todo por el contacto con la cultura y la vida política en general, cuyo grado de refinamiento intelectual no tenía ninguna comparación posible con lo que yo había conocido en Argentina en cualquiera de sus períodos. Luego por la forma en que aquellos eran debatidos en periódicos y aun en la televisión pública (que no había caído todavía en el empobrecimiento y chabacanería a que la arrastraría la conformación de un competitivo polo privado). Luego por la vivacidad de un movimiento editorial pronto a publicar las novedades historiográficas no sólo italianas (en este punto las casas editoriales italianas son mucho menos provinciales que las francesas o las anglosajonas en general). Finalmente por el contacto con un mundo universitario muy diferente al argentino en tantos aspectos, desde la distancia docente alumno, o docente-becario, hasta el nivel y el volumen de la producción de los investigadores. Como ocurre inevitablemente con quien arriba desprovisto de redes interpersonales como era mi caso, mis contactos académicos

fueron azarosos y heterogéneos. Ninguna relación privilegiada pude establecer con el historiador del fascismo, extraordinariamente ocupado por entonces en la consecución de nuevos tomos de su biografía política de Mussolini y en los debates historiográficos que la misma generaba. Al menos no más relevante que la que pude establecer con el titular de la cátedra Storia dell'età dell'illuminismo (y supervisor de mi esposa) de la Universidad de Roma, Vittorio Giuntella, y con Gianfausto Rosoli, entonces director del Centro Studi Emigrazione de Roma. De todos modos un nexo común podía establecerse entre aquellos, una tendencia a cuestionar aquellas lecturas estereotipadas del iluminismo o del fascismo que habían sido tan predominantes en la Argentina aun en estudiosos en tantos aspectos renovadores. Nuevamente aquí los plurales reemplazaban a los singulares y me permitían acceder al contacto con algunas obras, señaladamente creo la de Franco Venturi, en ese entonces publicando su admirable *Settecento Riformatore*, que mostraba cómo una historia de las ideas podía ser a la vez inteligente, erudita y articulada con el movimiento social y político del período estudiado, términos que en Argentina han estado en general disociados entre sí. Pero también con aquella discutida y discutible einaudiana *Storia d'Italia*, en la cual el brillante y polémico ensayo de Asor Rosa brindaba otra forma de aproximación desde lo que hoy llamaríamos historia cultural a la Italia posunitaria.

Ciertamente, vistas en perspectivas, estas influencias, más aquellas que procedían de la historia económica y demográfica en relación con el argumento migratorio (y de las que nada diré aquí en función de los intereses de los promotores de la entrevista), me acercaban al núcleo principal de la historiografía italiana, toda ella permeada de idealismo e historicismo en las múltiples formas emparentadas que aquella tradición había adquirido en los años setenta. Me acercaban a algunos debates, de los cuales pocas noticias había en Argentina, en torno a temas como el fascismo (aunque una obra como la de De Felice pudiera encontrar muchos antecedentes en su afán por demostrar el consenso de que en ciertos períodos había poseído el régimen mussoliniano, o la influencia de motivos ideológicos muy heterogéneos en él, desde las sugerencias de Chabod o de su maestro Cantimori, hasta las afirmaciones contenidas en las *Lezioni sul fascismo* de Togliatti) o sobre la interpretación de la revolución francesa, donde aun para ser discutidas aparecían extensamente analizadas obras como las de Furet o Chaussinand Nogaret que ponían en cuestión la versión tradicional jacobina de la misma (como ocurría en el curso de Historia moderna que aquel año dictaba Rosario Villari). Pero también en un tema menos provisto de implicancias sobre el presente como el de la historia de la ilustración, la tarea de demolición que realizaba Venturi de aquellas imágenes del iluminismo como ideología de la burguesía o del iluminismo como un sistema de ideas abstractas (a la Cassirer), revelando todos los pliegues y las ambigüedades de muchos movimientos coetáneos en los cuales los elementos contradictorios coexistían sin que sus autores los percibieran como tales (y en este punto baste recordar su admirable reconstrucción de las ambigüedades en cuanto a la preferencia por

ideas neomercantilistas o fisiocráticas que surcaban la *Enciclopedia*). Y no dejaba de ser significativo que en un contexto político y cultural dominado por la izquierda, aparecieran desde ella misma signos visibles de una rediscusión de aquellos dogmas historiográficos que habían predominado en el cuarto de siglo posterior a la segunda guerra mundial. Todo ello anticipaba lo que luego se llamaría crisis de los grandes relatos o en otros términos de los modelos macrosociales de explicación del proceso histórico y de las filosofías de la historia que los subtendían.

Si la experiencia italiana me acercó entonces a una crítica de lugares historiográficos comunes desde el proceso de revisión que una historiografía toda ella "ético-política", fue sólo posteriormente en viajes sucesivos que tomé contacto con aquellas otras formas de crítica que emergían de los nuevos historiadores sociales que descomponían los grandes relatos a partir de aproximaciones microhistóricas en las cuales las relaciones sociales concretas y las creencias (dudo en usar la palabra mentalidad o sensibilidad) tomaban el lugar que en la otra historiografía habían tenido el espacio público, las ideologías formales y las relaciones económicas estructurales. Forma que en su radical novedad, sea en la versión de la llamada cuarta generación de *Annales* o en los nuevos estudiosos italianos planteaba no pocas resistencias de historiadores -recuerdo siempre las prevenciones al respecto de De Felice, pero a ella se le podrían sumar las que Venturi ha expresado siempre hacia temas y enfoques de la microhistoria-. De algún modo, mi frecuentación sucesiva de esta otra tradición historiográfica volvía a replantear en mi itinerario intelectual aquellas tensiones que estaban en el momento inicial entre formas más o menos clásicas de hacer historia de las ideas, pero en cualquier caso centradas en la dimensión política y en exponentes de una cultura de elite y una nueva historia social a "ras del piso" e interesada en recuperar a personajes anónimos (y las dimensiones privadas de los mismos). Más aún, porque entre aquellas nuevas propuestas nunca he dejado de preferir la de los "historiadores para historiadores" como Giovanni Levi o Eduardo Grendi, a las del brillantísimo, aunque tal vez no siempre igualmente convincente, Carlo Ginzburg.

La situación postmalvinas generó nuevos ámbitos en la historiografía argentina, ante todo editoriales, y ahí una oferta de Oscar Troncoso nos permitió a María Inés Barbero y a mi, editar un pequeño volumen sobre los nacionalistas, cuyo modesto propósito fue aplicar algunas de las lecciones aprendidas, sugiriendo que aquéllos habían sido más heterogéneos que lo que una literatura o laudatoria o denigratoria había propuesto y que nada podía obtenerse desde una historia a la manera de los años setenta poco interesada en "comprender y hacer comprender". El éxito de público y la benevolencia de los pocos críticos que decidieron fijarse en él, refleja más bien en cuán gran medida la coyuntura cultural argentina había cambiado y estaba más dispuesta a reflexionar más distanciadamente acerca del pasado.

El retorno de la democracia a la Universidad trajo de vuelta a muchos profesores y dio nuevas aperturas a otros, las redes interpersonales forjadas en la década precedente se reactivaron. Castellan, encargado de la cátedra de Teoría e Historia

de la Historiografía y Haydée Gorostegui de Torres a quién la arbitrariedad imperante hizo que se la restituyera en una cátedra totalmente ajena hasta entonces a sus intereses académicos como Historia Contemporánea, me invitaron a integrarme como profesor adjunto en ellas. Con el tiempo, convencido de las dificultades para dar una contribución válida en un contexto como el de Historia Contemporánea, en el que coexistían viejos profesores precedentes a 1983 con los nuevos incorporados, renuncié a ésta conservando Historiografía, de la cual quedé a cargo en 1987 con la jubilación de Castellan. A esas tareas se unieron otras en un extenso deambular por otras universidades nacionales. Los aportes que desde entonces he hecho en el área, sea en torno a la historiografía francesa o italiana, o en torno a aquella argentina, o aun acerca de la historia de las ideas desde los estudios migratorios, pueden ser juzgados por los lectores sin lazarillos. Ellos espero que reflejen aquella tensión irresuelta entre una historia social que desconfía del inútil torneo de las ideas, de lo que Venturi denominaba en sus ejemplares lecciones contenidas en *Utopia e Riforma nell'illuminismo*, historia filosófica de las ideas (una historia que Febvre en otro de sus *Combats* a su vez denominaba "Leur Histoire et la notre") y la aspiración a conservar sin embargo un espacio para un estudio de las ideas de las elites (aun en sus prisiones, en sus límites, con sus ambigüedades) que no se disuelva enteramente en una historia cultural o del imaginario. Tensión presumiblemente irresoluble y que recorre, como advierte Roger Chartier en su lúcido análisis del itinerario de la historia intelectual y la historia de las mentalidades al último cuarto de siglo de la historiografía europea.

Existe aún hoy el espacio para una historia de las ideas preocupada por restablecer los textos, datarlos, interpretarlos (admitiendo la inevitable pluralidad, aunque no ilimitada, de interpretaciones conjeturales que todo texto admite), colocarlos en el más vasto cuadro de los receptores potenciales, de las filiaciones intelectuales y de los proyectos de acción sobre la realidad que ellos contienen y a los que pretenden dar respuesta? Es decir para una historia no ensimismada como la que propone el tránsito ineludible del documento al monumento, es decir a un uso de los textos que no remite ya a la realidad en ellos representada sino a los productores de los mismos. Una historia que aspire a utilizarlos a la vez como "documentos" y como "monumentos", en el cual las viejas habilidades del oficio se reúnan con los sofisticados instrumentos de fin de siglo (aunque yo no incluya necesariamente entre ellos a una jerigonza que no esconde en su oscuridad buenas ideas sino esterilidad discursiva), para munimos de nuevas prevenciones pero también de más extensas posibilidades de acercarnos a una comprensión (aunque ella sea incierta y epocal) del pasado sino ya para leerlos, al menos para valorizarlos.

ARTURO ANDRES ROIG

Nació en Mendoza, en 1922. Profesor en Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo (1949); Profesor Honorario de la Universidad Andina "Simón Bolívar" (1994); Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Nicaragua (1994). Es Investigador Principal del CONICET. Fundador y Director del Seminario Permanente de Estudios Latinoamericanos; del Centro de Estudios Latinoamericanos, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (1980-85); Jefe de la "Unidad de historiografía e historia de las ideas", del área de Humanidades (Mendoza, CRICYT); Miembro de número de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza (desde 1962); Miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador (1994). Se ha desempeñado como profesor en las Universidades de: Cuyo, Autónoma de México, Católica y Central de Ecuador, y en FLACSO, Quito. Es autor de: *El pensamiento de D. Manuel Antonio Sáez, 1834-1887* (1960); *La literatura y el periodismo mendocinos, 1890-1940* (1966); *La filosofía de las luces en la ciudad agrícola* (1968); *Los krausistas argentinos* (México, 1969); *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900* (México, 1972); *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana* (Quito, 1977 y 1982); *Filósofos en América Latina* (México, 1981); *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (México, 1981); *El pensamiento social de Juan Montalvo* (Quito, 1984 y 1994); *El humanismo ecuatoriano de la segunda mitad del siglo XVIII* (Quito, 2 tomos, 1984); *Bolivarismo y filosofía latinoamericana* (Quito, 1984); *La utopía del Ecuador* (Quito, 1987); *Rostro y filosofía en América Latina* (1993). Ha colaborado en obras colectivas como: *América Latina en sus Ideas* (UNESCO, México, 1986), *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (Caracas, 1993), *Historia General de América Latina* (París, UNESCO, 1994); y colabora actualmente en: *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* (Madrid) e *Historia de la América Andina* (Quito). Ha sido editor y co-editor de diversas obras, entre ellas: *Revista de Historia de las Ideas* (Quito, 1982); *El Pensamiento Latinoamericano del Siglo XX* (México, 1986); *Argentina del 80 al 80* (México, 1993). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas.

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*
2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*
3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*
4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*
5. *Cuáles serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*
6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*
7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

I. Los años de aprendizaje

No sabría decir por qué me decidí, en 1941, a anotarme como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras de la entonces recientemente creada Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza. Mucho han debido influir los intereses culturales que se vivían en el hogar de mis familiares. Lo cierto es que bien pronto se despertó en mí una verdadera pasión por los estudios clásicos, en particular la lengua griega y su filosofía, a la vez que un franco interés y simpatía por la lectura de Kant, cuya *Crítica de la Razón Pura* comentada por el Dr. Luis Felipe García de Onrubia siguiendo la venerable y muchas veces no convincente traducción del cubano José del Perojo. Mis estudios no fueron normales, debido entre otras cosas a una larga interrupción de tres años, durante los cuales estuve incorporado en el Ejército. Se desarrollaba entonces la terrible Segunda Guerra Mundial. En los cuarteles leí mucho y lo que más recuerdo de esa época es el impacto que me causó Henry Bergson, en particular su *Evolution créatrice*. También García de Onrubia me había impulsado por esos lados.

Ya egresado, me inicié haciendo lecturas de los diálogos platónicos menores y de algunos de los textos del *Fedón*, en una cátedra de Introducción a la filosofía que estaba a cargo del Profesor Mauricio Amílcar López, un amigo muy querido cuya vida y trágica muerte han sido y son un verdadero testimonio, no ajeno a la grandeza socrática de la *Apología*. Mi platonismo que en parte era respuesta al neoaristotelismo escolastizante de la época, adquirió otros matices en ocasión de una beca de estudios que me permitió conocer desde dentro a la célebre Sorbona, a la que mirábamos como un templo del saber. Fue ésta, sin dudas, una experiencia decisiva en cuanto me permitió practicar en el mejor de los sentidos, una *Aufhebung* no sólo superadora, sino además curativa.

Pierre-Maxime Schuhl, jefe de la cátedra de Filosofía antigua de la Universidad de París, fue mi maestro. Me enseñó no tanto los secretos del platonismo, dentro del que él militaba, como el respeto profundo que tenía por sus alumnos y la pasión con la que asumía los intereses intelectuales de cada uno. No era raro que, de noche ya, desde su casa, tomara el teléfono para comunicarnos algún hallazgo que acababa de hacer en sus lecturas y que pensaba que podía ser útil para nuestros trabajos. Schuhl era, además, amigo personal de Rodolfo Mondolfo, con quien tenía puntos de coincidencia teóricos. Roger Garaudy, años más tarde diría que uno de los aspectos valiosos de Schuhl se encontraba en que consideraba a la filosofía como una actividad social (R. Garaudy *Perspectivas de l'homme*, 1969), hecho que le llevó a una "filosofía del trabajo" dentro de sus estudios de la Antigüedad Clásica, tal como en su momento lo habíamos observado nosotros (Cfr. *Revista de Estudios Clásicos*, Mendoza, VI, 1955, págs. 255 y 269). Por cierto que cuando maduramos nuestras lecturas de Platón, después de años de moroso trabajo con sus textos, esa presencia de lo social visto por nosotros como acto de libertad en la construcción de la objetividad mediante un "examen en común", nos llevó a plantear lo social en un nivel no externo, ni menos erudito.

Nuevos aires se respiraban, además, en la Sorbona, que habían llevado a desplazar el bergsonismo que tan fuertemente se había vivido hasta antes de la Segunda Guerra Mundial. De una "filosofía de la vida" se había pasado a una "filosofía de la existencia" en la que toda forma de temporalidad inauténtica (como fue entendido el "tiempo espacializado" de Bergson) era vista como una pérdida de humanidad. El sentido trágico con el que el existencialismo elaboró esa problemática y con ella la de una nueva racionalidad no ajena al despertar de una corporeidad que hacía posible una lectura de los márgenes oscuros de la razón y no ajena tampoco a una revaloración de formas cognoscitivas abiertamente no-rationales, nos lo expresaba en su cátedra de la Sorbona y en sus clases magistrales del Collège de France, Jean Wahl, con su forma desaliñada de vestir y de hablar, así como en su buceo siempre insatisfecho de libros y autores. Ya por ese entonces nosotros habíamos comenzado a revalorar desde un platonismo, frente a las respuestas en particular del existencialismo alemán, el mundo de los entes, no tanto como el lugar de la "caída", cuanto el de la superación justamente de las formas de alienación. Un platonismo en el que se concedía mayor peso a la *diánoia* que a la *nóesis*, vía ineludible para reinsertar el pensar filosófico en lo humano atendiendo a la concreta cotidianeidad en la que día a día ha de jugarse el compromiso de construir nuestra objetividad. Se trataba de una renuncia a intuicionismos y misticismos que nos irían progresivamente abriendo a lo social.

Tuvimos, además, en aquella antigua Sorbona nuestra primera experiencia de Hegel, como oyentes deslumbrados de las clases magistrales de Jean Hyppolite, filósofo a quien habíamos tratado personalmente junto con Mauricio López en 1949, en Mendoza. El nos hacía vivos comentarios apoyándose en su propia traducción de la *Fenomenología del Espíritu*, sometida constantemente a justificación y crítica y que nosotros seguíamos con el libro en la mano. Y por cierto que Hyppolite no hablaba del "fin de la historia", en cuanto que la caducidad de los pueblos era, en todo caso, el fin histórico de cada uno, como tampoco hablaba -leyendo a la *Fenomenología* desde las fuentes juveniles de Hegel- de una homogeneidad "imperial" que detendría el proceso histórico, en cuanto que el Espíritu se iba expresando siempre en nuevos pueblos. La categoría de "pueblo", esa tan discutida como imprescindible categoría -como nos lo mostraba el maestro francés- era la razón de ser del proceso histórico.

Y así nos fuimos alejando de nuestro platonismo inicial, enriquecidos con aquella relación constante que Schuhl trataba de establecer -un tanto débilmente- entre los diversos modos de objetivación social, entre ellos, la técnica y el trabajo y los nuevos aires que respirábamos: el tiempo como temporalidad encarnada, la historia como el nacimiento indefinido de nuevos pueblos y, en fin, un saber de razón que abjuraba de todo racionalismo, -únicas vías para entender a la filosofía como una función de la vida, con las nuevas connotaciones que presentaba. Todo esto nos provocó un develamiento que, en lugar de despertar en nosotros una distancia respecto de nuestro mundo originario, nos llenó de ansias de regreso. Ante nosotros había comenzado a tomar cuerpo algo que siempre estuvo, pero que no había encontrado

aún su lugar, nuestra América. Por eso hablábamos de una *Aufhebung* terapéutica.

Cuando más tarde dimos, por fin, a conocer nuestro Platón (1972), luego de tantos años de explicación de textos, siempre con el apoyo amistoso y entusiasta de quien fuera nuestro jefe de cátedra, Don Francisco Maffei, salió una obra que el filósofo alemán Gregor Sauerwald ha entendido que es expresión de lo que él considera como "una lectura argentina de Platón", a la que ve inserta, además, "en el sentido y la tradición de un eclecticismo latinoamericano", al que caracteriza como un ejercicio crítico apoyado sobre "una libertad de elección en tanto pensamiento liberado de todo prejuicio" y orientado hacia lo social. Esto último, por otro lado, realizado desde "una significación endógena precisa", es decir, como parte constitutiva del mismo filosofar. De esto resulta -sigue diciendo Sauerwald- una dialéctica "que no reposa sobre la intuición del ser en sí, sino que partiendo de la presunción y de la confrontación sobre el plano de la realidad eidético-óptica, nos muestra algo de la naturaleza del ser y concluye en la constitución de una *ontología entis*". Termina subrayando en esa lectura de Platón su sentido antropológico, al afirmar que esa ontología "se encuentra unida a la determinación del papel del hombre en cuanto sujeto" (*Encyclopédie Philosophique Universelle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1992, art. "Arturo Roig").

Por lo demás, aquella lectura de Platón no es ajena a un regreso a la mirada neokantiana del platonismo, conocida principalmente por nosotros a través de la obra de Paul Natorp, pero que tal como surge asimismo de lo que nos dice Sauerwald, se juega con una noción de sujeto que no es ya trascendental en el sentido propiamente del heideggerismo que no hemos compartido, en cuanto la denuncia del "olvido del ser" -entre otras cosas- ocultaba, a nuestro juicio, un trágico "olvido del ente", nos alejamos, sin duda, de las informadas y eruditas lecturas de Schuhl y nos abrimos a una ontología que nos permitiría luego rastrear la problemática social del "ente emergente" en nuestro libro *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981).

En 1949, con motivo del Primer Congreso Nacional de Filosofía, en Mendoza, se me presentó la posibilidad de tratar personalmente, de modo muy directo, desde la Secretaría del mismo en la que colaboraba con Mauricio López, a Coriolano Alberini y Carlos Astrada. Ambos muy amigos de Maffei, en particular el segundo. Astrada nos motivó siempre a que, sin abandonar los clásicos, nos adentráramos en la problemática nacional. Otro tanto debo decir, por cierto, de Alberini. Ya de regreso de Europa había tomado, por lo demás, la decisión de entregarme con empeño al relevamiento de materiales documentales que me permitieran, sin abandonar el Platón que iba elaborando, rescatar todo lo que pudiera haber de interés para un pensamiento filosófico en la región de Cuyo, campo este absolutamente virgen e impensado. Por otra parte, en 1955, me tocó inaugurar en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, la Cátedra de Historia del Pensamiento y Cultura argentinos, la que por primera vez se establecía en nuestras universidades nacionales. Fue, además, en ese mismo año que conocimos personalmente, en Mendoza, a Don José Vasconcelos, quien solía asistir a unas reuniones de filosofía que por entonces

hacíamos. Aquellas tareas de rescate que mencionamos me llevaron a realizar visitas y consultas, aprovechando viajes a otros lugares del país, en particular a Buenos Aires. Una de esas visitas fue la que hicimos en marzo de 1956, en su casa, al Dr. Coriolano Alberini. A más de darnos consejos y de expresarnos su apoyo a nuestro plan de trabajo, que le expusimos, se explayó en recuerdos personales que mostraban la amplitud de sus intereses en la búsqueda de expresiones filosóficas dentro de lo que él consideraba como una "Historia de las ideas". Alberini tenía inquietudes que lo mostraban dentro de una tradición a la que no fueron ajenos, por cierto, otros intelectuales nuestros, entre ellos principalmente, José Ingenieros y Alejandro Korn, respecto de los cuales no desaprovechaba ocasión de señalar con apasionamiento sus discrepancias. Por encima de ellas, lo que nos interesaba entonces era aproximarnos de modo vivo a eso que constituía, a nuestros ojos, una verdadera tradición dentro de nuestros estudios, la que en aquellos días era promovida, desde otras perspectivas, también por Francisco Romero, continuador de Korn y, cierto sentido, de Ingenieros. Curiosamente, mi plan de trabajo, que le di a conocer a Alberini, estaba organizado sobre una metodología inversa a la que en su momento el maestro había intentado poner en marcha, y así me lo hizo notar con la intención de expresarme su aprobación. "Cuando comencé en 1906 en la Facultad de Filosofía y Letras -nos decía, según los apuntes que de muchas de sus palabras tomamos- lo hice con grandes planes. Voy a hacer la filosofía de América, me decía. Luego, cuando vi lo imposible de la tarea, me propuse encarar la filosofía argentina; más adelante me vi obligado a reducirme a un período: el romanticismo y, por fin, luego de tanta pretensión, me quedé solo con Alberdi. También tuve la intención de hacer un estudio de la filosofía colonial, pero luego de haber visto en Córdoba todo lo que hay me di cuenta que necesitaba cuatro o cinco años de intensa labor para llegar a hacer algo. También desistí. En verdad, soy un temperamento metafísico. Estoy lejos de poseer alma de historiador. Me gusta poco escribir y mucho leer y meditar. Mis amigos me dicen que debería hacerse un proceso judicial por no haber escrito. Admiro a los que se dedican a hacer filosofía americana. Ellos se ven obligados a trabajar, en ocasiones, materiales sumamente difusos y, a veces, de no mucha jerarquía. Pero su tarea es noble e imprescindible. Además, no es en la calidad del material, sino en la del historiador que reside muchas veces la jerarquía". Le pareció, pues, muy buena la idea de comenzar por lo regional, más, eso sí, dándole a esa categoría sus justos alcances, en cuanto que las regiones no son nunca sustantes por sí mismas. "Es muy buena la idea -nos decía- de llegar al pensamiento nacional a partir del estudio de las diversas regiones. Pero no se debe caer en localismos. Se ha de hacer siempre filosofía argentina y americana y lo regional le debe llegar del material que se trabaje".

En esos años, ya la Universidad Nacional de Cuyo había comprado la valiosísima biblioteca del Dr. Alberini, la que nos había abierto un mundo de posibilidades, en particular para el estudio del pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XIX. "Estoy apenado -decía- por la separación de mi biblioteca; siento como si hubiera

perdido parte de mi vida, pero me consuela lo que Uds. me dicen acerca del modo como la aprovechan los estudiosos de Mendoza. Me gustaría que un universitario mendocino hiciera la tesis sobre el pensamiento de Amadeo Jacques. Su tesis francesa sobre *Aristotele considéré comme historien de la philosophie*, publicada en 1837, la tengo en mi poder. No me animé a enviarla junto con los demás libros por temor de que se perdiera. La copia de la tesis latina del mismo Jacques, que me la hizo un estudiante de la Sorbona, también la tengo en mi poder. Amadeo Jacques ha jugado un papel importantísimo en la evolución de las ideas argentinas. ¿Por qué no se ocupa Ud. de su figura?". La sugerencia de Alberini la hicimos muy seriamente nuestra. Más tarde, en Europa, en otros viajes, pudimos dar con otros escritos de Jacques. Los textos que Alberini amorosamente había guardado consigo, me los obsequió, años más tarde su esposa, fallecido ya el filósofo. Con el estudio y la publicación de muchos de los trabajos de Jacques dimos comienzo justamente a ese horizonte más amplio que nos habíamos propuesto, a la vez que cumplimos con el consejo de Alberini de tratar siempre desde un marco nacional y aun continental, los materiales regionales. Todo se nos dio a la vez, ya que en nuestro empeño por rescatar el desarrollo del eclecticismo francés del siglo XIX en nuestra tierras, dentro del cual Jacques ha sido su representante más sólido, dimos con el racionalismo armónico del que salió nuestro libro *Los Krausistas argentinos* (1969). Y muy buena parte del material documental sobre el que construimos ese texto era, precisamente, mendocino, es decir, "regional". García de Onrubia me escribiría luego diciéndome que libros como ese eran de los que deseaba Alberini que se hicieran. De todos modos, si bien fue mucho lo que adelantamos en el pensamiento ecléctico, aún estamos en deuda con aquel maestro, pues no hemos publicado nuestro "Jacques", a pesar que por iniciativa de un grupo de amigos logramos que el Congreso de la Nación dispusiera por ley la edición de sus obras completas, con sus estudios preliminares.

En fin, no es nuestra intención hacer la historia de todo lo que hemos ido haciendo, sino hablar de los años de formación intelectual, las tradiciones dentro de las cuales nos hemos desarrollado, los climas que hemos vivido y los grupos intelectuales que nos fueron enriqueciendo. Bien podríamos decir, por cierto, que todo eso podría ser visto como un proceso abierto. Nos limitaremos, sin embargo, a presentar las décadas siguientes, sin traspasar, en lo posible, la de los 70.

Al abrirse los '60 aún estábamos bajo el impacto de lo que Carlos Astrada, en un libro suyo que marcó época, *Existencialismo y crisis de la filosofía* (1952), denominó "giro existencial". Mucho más tarde, casi en nuestros días, se produciría el fecundo "giro lingüístico". Mas, lo que nos interesa señalar es que ya en aquel texto significativo del pensamiento filosófico argentino, se hablaba de "liberación". Como lo afirmamos en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Astrada -lo mismo que otros intelectuales que nos fueron muy cercanos, entre ellos, el Dr. Miguel Ángel Virasoro- se habían decidido por una *ontología entis*. La categoría de "ente emergente" que hay en todos ellos, era la metáfora del ascenso de los sectores

marginados y oprimidos y era también la emergencia de nuestra América, profundamente convulsionada entonces.

Nadie más autorizado, a nuestro juicio, que Carlos Astrada para denunciar los mitos heideggerianos y rescatar a Hegel desde Nietzsche y Marx. Esa fue, en verdad, su tarea dentro del marco general de lo que él mismo consideró como crisis del platonismo, y que implicaba, además, su rechazo, como consecuencia del desconocimiento que implicaba, de la radical historicidad humana. Precisamente, la "crisis de la filosofía" se presentó en esos años como un ahondamiento en la actitud crítica, pero también y con igual o más fuerza en algunos casos, por un descubrimiento de la problemática de la historicidad. Podríamos decir que crítica e historicidad se instalaron como categorías básicas de nuestro pensar, reformuladas y resemantizadas dentro de un rescate del ente, desde lo social. Apareció, para escándalo de los que hacían fenomenologías asépticas, del tipo que se habían divulgado a partir del primer Husserl, una revalorización de la empiricidad, en cuanto historicidad, lo que no permitía ningún ejercicio de paréntesis.

Hemos recordado recientemente, en nuestro libro *Rostro y filosofía de América Latina* (1993), que el maestro José Caos nos decía en 1953 que la única vía para "hacer consistentes" los aportes del existencialismo se encontraban en un "diálogo constructivo con el marxismo", planteo este que, como sabemos, tiene su origen en un conocido texto de Heidegger y que únicamente podía tener respuestas para nosotros satisfactorias si mediaba, previamente, una toma de distancia respecto del filósofo alemán. Pues bien, lo cierto es que un año antes, en 1952, ya Carlos Astrada lo había planteado en su *Existencialismo y crisis de la filosofía*, y en términos muy parecidos. Y otro aspecto, tan importante como el señalado respecto de la filosofía heideggeriana, era compartido por ambos, en cuanto se trataba para los dos de un "marxismo crítico". La crítica era la única categoría que podía justificarlo en la medida en que habría la posibilidad de un rescate desde valores perdidos en las versiones dogmáticas. La confrontación entre criticidad y dogmatismo adquirió en aquellos años fuertes perfiles. Significativos fueron entre nosotros en ese enfrentamiento los escritos de Ludovico Silva, en Venezuela. Su *Anti-Manual* (1975), en el que hablaba de la conveniencia de ejercer una lectura no sujeta a una interpretación rigurosamente codificada, como ideología de Estado, constituyó un fuerte toque de campana. Nos dejó, además, valiosos aportes para el rescate de la categoría de alienación que tan significativo lugar había tenido en el opúsculo del peruano Salazar Bondy, del año 1969. En verdad, la cuestión era mundial. No debemos olvidar el impacto que causó en los medios universitarios el "marxismo crítico" de Roger Garaudy y su posterior expulsión del Partido Comunista Francés (1970). Todavía recuerdo el entusiasmo con el que nos hablaba del profesor de Poitiers, nuestro amigo Maffei. Menos aún podemos olvidar el libro de Paul Nizan *Los perros guardianes* (1932), libro de cabecera de los jóvenes del 68 francés, en el que habían quedado para siempre desnudados aquellos *maitres* (amos o patrones) de la Sorbona, que aún subsistían como glorias del pasado, enquistados en tantas cátedras francesas, entre ellos Henry Bergson y

León Brunschwig. A todo esto se ha de sumar la generalización del marxismo crítico italiano, expresado en la obra de Antonio Gramsci, leído tempranamente entre nosotros por Héctor Agosti y sistemáticamente trabajado, a partir de 1963, por el grupo cordobés de *Pasado y Presente*. Al mismo tiempo, como verdadero aluvión, la difusión de los textos de la Escuela de Frankfurt, entre ellos principalmente, Herbert Marcuse y Max Horkheimer. En el caso del primero de los nombrados no fue el sonado y discutible *Hombre dimensional* lo que circuló como material de trabajo, sino sus estudios sistemáticos, sobre todo, su *Ontología de Hegel*, obra de la primera etapa alemana de la Escuela de Frankfurt y que ha sido una de las manifestaciones importantes del generalizado "regreso a Hegel" que asimismo ha caracterizado a la época.

La crítica, con el nuevo espíritu, desplazada del tradicional sentido derivado de los clásicos planteos kantianos, hacia lo social y, sobre todo, desde un modo radicalmente nuevo de entender la naturaleza y función de la conciencia, alcanzó a la fenomenología, uno de los últimos reductos del idealismo. Así nació un maridaje de fenomenología y hermenéutica, pero de una hermenéutica asimismo acrítica. Tal era el mensaje lanzado por Paul Ricoeur en su clásico libro sobre Freud (1965) el que -junto con las propuestas que venían de la Escuela de Frankfurt- dieron nacimiento a la "Filosofía de la sospecha". Filosofía esta que, por lo demás, ha pretendido trabajar su tema a través de la rica multiplicidad de desarrollos del mismo que surgen de Marx, pero también de Nietzsche y, lógicamente, de Freud.

A todo lo que hemos presentado se ha de sumar los fuertes aires del historicismo, en particular proveniente de México, en donde se había producido, por obra de José Luis Imaz, entre otros, un verdadero movimiento de estudios diltheyanos que tendrían repercusión en todo el Continente. Demás está que recordemos el papel que en esta problemática de la historia ha jugado el maestro Gaos, cuya traducción de *El ser y el tiempo* (1951) respondía a su interés por aquella problemática.

Pues bien, todo esto significó una profundización de aquella "negación terapéutica" que mencionamos. En 1966, antes de publicar nuestro Platón, ya nos preocupaba la naturaleza social del saber e hicimos una crítica a los estudios universitarios, apoyándonos, por un lado en una lectura del *Alcíades* y, por el otro, en la sociología del saber de Max Scheler. Lo que entendíamos por ideología era lo que este pensador típico de la República de Weimar, había dicho. Pero también entendíamos por ideología, siguiendo a Bernhard Groethuysen y su obra que tanto nos impactó *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, las "concepciones del mundo y de la vida" de inspiración diltheyana ("Ideología y crítica en la enseñanza de las humanidades", 1966); en 1973, al año de haber editado nuestro Platón, hablamos hecho abandono de las oscuridades y escapismos schelerianos y habíamos comenzado a entender la ideología en relación con la "falsa conciencia", a la vez que denunciábamos la *a-prioridad* de la conciencia respecto del mundo ("Sobre el tratamiento de filosofías e ideologías dentro de la historia del pensamiento latinoamericano", 1973). Fueron los años en los que comenzamos a leer

atentamente *La Ideología Alemana* -nuestro primer contacto fecundo con Marx- y nos habíamos incorporado al movimiento de la Filosofía de la liberación.

Mas, no se trataba de largar por la borda, así, sin más, como suelen hacer los conversos, todo el mundo de los clásicos. Además, por algo los clásicos son tales. Lo que estábamos haciendo era enriquecerlos abriéndonos seriamente a otros. En todo caso lo que estaba en crisis era el mundo de la filosofía universitaria, crisis que veníamos percibiendo desde nuestra primera estadía en Europa. De alguna manera nuestro Platón suponía una lectura crítica del platonismo desde la categoría de "estructuras eidético-ónticas", entre otros aspectos y, del mismo modo, nuestro Hegel fue un profundizar en él "a pesar de Hegel". ¿Y qué nos ofrecía el filósofo alemán? Pues, uno de los más ricos e inagotables arsenales teóricos para ayudarnos a pensar la problemática de la Historia de la filosofía. Ya en 1970, nuestros cursos de Filosofía Antigua en la Facultad, los abríamos con lecturas comentadas de Hegel, en particular, sobre el tema de los inicios del saber filosófico y la cuestión no menos apasionante de la relación entre filosofía y pueblo. Esta línea de trabajo maduró con una conferencia que dimos en 1971 en la Librería de la UNAM, en la Avenida Insurgentes, en México, sobre "El problema del comienzo de la filosofía americana". Aquella fórmula de "Hegel a pesar de Hegel", ofrecía paradójicamente una lectura del autor de la *Fenomenología del Espíritu* que le llevó al filósofo mexicano Emilio Uranga a publicar a propósito de nuestra exposición, un trabajo al que tituló "Hablar con Hegel" (Revista *América*, México, N° del 9 de febrero de 1971). Es decir, como lo aclaraba, no "hablar de Hegel", como suele ser lo común, ni menos aún, como él también lo señalaba "Hablar en Hegel", es decir, con el argot hegeliano. Que ese diálogo parece haberse logrado, siquiera en parte, lo probaría el hecho de que nuestra lectura del filósofo alemán desde nuestra situación histórico-cultural latinoamericana y sus demandas, ha tenido cabida en estudios publicados en las dos principales revistas hegelianas, los *Hegel-Studien* (Bonn, vol. 20, 1985) y la revista de la "Hegel Society of America" *The Owl of Minerva* (Washington, vol. 22, n° 1, 1990), escritos por Gregor Sauerwald y Ofelia Schutte, respectivamente.

Mi experiencia mexicana fue tan decisiva como la europea y, en muchos aspectos, más profunda en lo que se refiere a mi formación intelectual. Comenzó con mi primer encuentro con Leopoldo Zea, en Buenos Aires, en 1959. Tuvo lugar entonces el Sexto Congreso Latinoamericano de Filosofía que lo presidían Francisco Romero y Risieri Frondizi. El hecho de haber integrado el Comité organizador del Congreso me permitió tratarlos personalmente con cierta frecuencia, lo que se repitió más adelante en otras ocasiones. En aquel Congreso tuve, además, la posibilidad de trabar amistad con Augusto Salazar Bondy. A Francisco Miró Quesada ya lo había tratado en Mendoza en 1949 y fue después de este segundo encuentro cuando ahondamos en nuestro mutuo aprecio y afecto personal. Todos ellos y otros, como Francisco Larroyo, a quien asimismo traté, estaban movidos por una decidida voluntad de hacer un filosofar que diera respuestas a nuestras cosas y que se hiciera cargo de la tarea de construir nuestra propia teoría. Pienso ahora que todos habían

tenido una experiencia europea semejante a la mía, que había servido para hacer filosofía, pero también para indicarnos nuestro lugar dentro del desarrollo de una labor que pretendía ser universal, pero también concretamente nuestra. En el caso de Leopoldo Zea, su posición se encontraba respaldada por la ya importante tradición latinoamericanista de lo que bien podría llamarse "Escuela mexicana", la que había alcanzado, por aquellos años, un impulso no igualable al que podían mostrar otros sectores del Continente y del Caribe. El impacto de la asombrosa realidad mexicana, testimonio de tres culturas con sus más bellas manifestaciones, el impulso ciertamente potente de su nacionalismo cultural y la fecundísima presencia de los intelectuales españoles transterrados, todo eso constituyó para mi una experiencia enriquecedora, a más de reforzarme en mis propios intereses intelectuales. Bien es cierto que había tenido en Mendoza, en la Universidad Nacional de Cuyo, ocasión de tratar con maestros españoles republicanos del más alto nivel y que habían sido mis profesores, entre ellos el Dr. Juan Corominas, pero ninguno representaba el movimiento filosófico español que en España había tenido como una de sus cabezas principales a José Ortega y Gasset y que luego desempeñó, en México, José Gaos. Por lo demás, la influencia de Ortega se redujo en nuestro país a un círculo selecto, en Buenos Aires y no tuvo resonancias significativas en el interior, por lo menos en Mendoza.

México, como consecuencia del nacionalismo derivado de la Revolución de 1910 y afirmado en la fecunda época de Lázaro Cárdenas, se había convertido en una especie de laboratorio de nuestra América y Leopoldo Zea aparecía como su cabeza más destacada dentro del ámbito de la vida cultural. Mi primer viaje a México fue en 1971. Al año siguiente fuimos nuevamente con motivo de un Seminario para un Doctorado en Estudios Latinoamericanos, en el que dicté un curso, precisamente, sobre "Ideologías y filosofías argentinas contemporáneas". Ya antes de esos años había comenzado a colaborar activamente en las publicaciones promovidas por Zea desde la UNAM. En 1968, precisamente, publicamos un trabajo en el primer número del *Anuario de Estudios Latinoamericanos*, revista de particular significación dentro del movimiento latinoamericanista y de la que hemos sido activos colaboradores. En 1969, entré en contacto con José María Cajica, el fecundo editor poblano y saqué en su editorial mi primer libro en México, *Los Krausistas argentinos*, obra que infructuosamente había intentado editar en Buenos Aires. Gracias a este hecho, mis estudios regionales y nacionales argentinos, se insertaron en un horizonte ciertamente amplio. En 1974, también en el *Anuario* citado, Zea publicó aquel ensayo nuestro "Sobre el tratamiento de filosofías e ideologías dentro de una historia del pensamiento latinoamericano", trabajo que supuso, como lo hemos dicho, la apertura de una nueva etapa en nuestra carrera intelectual. Las visitas a México, frecuentes y siempre fecundas, iniciadas a partir de 1971, me permitieron, por otra parte, hacer amistad con los principales latinoamericanistas filósofos e historiadores de la filosofía y pasar a integrar lo que bien podría ser considerado como una *intelligentsia* continental, entre los que debo mencionar muy particularmente a Abelardo Villegas, discípulo mexicano

de Zea, a Arturo Ardao, fundador de los estudios de pensamiento uruguayo y a Paco Miró Quesada, de quien ya hemos hablado. La inteligente y esforzada labor de Zea hizo que México y, en particular, la UNAM, se convirtiera en el lugar acogedor de encuentro de cubanos, puertorriqueños, venezolanos, colombianos, chilenos, brasileños, en fin, todos los hermanos de este mundo, interesados vocacionalmente en preguntarnos filosóficamente por nuestras cosas.

El año de 1975 fue para nosotros, a la vez, un año de ruptura y de ampliación definitiva de ese horizonte americanista que hemos mencionado. En efecto, dos hechos se produjeron, uno, mi expulsión de la Universidad argentina, obra de la llamada "Misión Ivanissevich", iniciadora de un proceso de represión y de destrucción dentro de las universidades llevada adelante por verdaderas bandas fascistas y, frente a todo eso, el Primer Congreso Nacional de Filosofía organizado por la Sociedad Mexicana de Filosofía, en Morelia. Allí, a propuesta de Leopoldo Zea y junto con Enrique Dussel, Paco Miró Quesada y Abelardo Villegas, redactamos y lanzamos la "Declaración de Morelia" en la que se proponía ahondar en las relaciones entre lo filosófico y lo social y ampliar el marco de la "Filosofía de la liberación", proponiendo contactos con los intelectuales africanos y asiáticos, dentro de un programa donde convinimos con Zea la redacción y publicación de nuestro libro *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, que sería publicado en 1981 por el Fondo de Cultura Económica. Más tarde, y en mi condición de exilio, tuve ocasión, entre los años de 1976 y 1977, de ejercer la docencia universitaria en México, gracias a la generosa hospitalidad de amigos como Leopoldo Zea, Abelardo Villegas y María Elena Rodríguez Ozán, lo que me permitió ahondar mucho más lo que para mí ha sido la rica experiencia mexicana.

El exilio, para todos los que pasamos por él, abrió una etapa dura y fecunda. Fueron diez años de intenso trabajo y de entrega vocacional que los cumplí en lo que constituyó nuestra segunda patria, el Ecuador. Aquí interrumpiremos, sin embargo, esta difícil narración llena de todos los riesgos y dificultades que supone hablar en primera persona, pues, entendemos que a esa altura de nuestra vida ya habíamos cumplido, de alguna manera, nuestro "período formativo", en aquel proceso de *Aufhebung* terapéutica que hemos ido viviendo. La experiencia ecuatoriana estuvo signada, además, por el "giro lingüístico" que nos alejó de algunos de los planteos teóricos de la "Escuela de México" liderada por el maestro Zea.

II. Las ideas y su historia

El interés por los aspectos sociales del saber, de lo que algo hemos dicho, nos condujo a interesarnos por la Historia de las ideas. Ese interés no era extraño a la tradición intelectual argentina, todo lo contrario. Nombres como los de José Ingenieros y Alejandro Korn, bastarían para mostrarlo, a los que debemos sumar, entre muchos otros, a los que fueron directamente los maestros de nuestra generación, Coriolano Alberini y Francisco Romero. Imposible olvidar, por cierto, al

Dr. José Luis Romero, a quien conocimos personalmente en 1961, con motivo de la organización de un Comité Argentino de Historia de las Ideas, promovido desde México por el Dr. Silvio Zavala. En 1968 habíamos publicado en Mendoza, un estudio sobre *El concepto de Historia de las ideas en Coriolano Alberini*. Por lo demás, nuestro interés por relevar lo que podría ser entendido como un pensamiento filosófico en la región de Cuyo, nos obligó a flexibilizar la tradicional lectura académica de la filosofía e iniciar la búsqueda de nuevas categorías y métodos. Diríamos, pues, que desembocamos necesariamente en la Historia de las ideas y en su interna discusión acerca de su *status* científico. En función de esto no sólo nos entregamos a hacer historiografía como historiadores de las ideas, sino que fuimos realizando sucesivos planteos acerca de aquel *status* en relación con nuestra evolución teórica.

En 1974, como expertos en Historia de las ideas, en una reunión convocada por la UNESCO y que sesionó en El Colegio de México, redactamos y propusimos unas "Recomendaciones metodológicas para el tratamiento de las ideas", las que fueron aprobadas con ligeras observaciones de forma. Integraban el grupo de trabajo, a más de Leopoldo Zea que lo presidía, Francisco Miró Quesada, Arturo Ardao, Guillermo Francovich, Abelardo Villegas, Ramón Xirau, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuondo, María Elena Rodríguez Ozán y Javier Ocampo López. Estas "Recomendaciones" fueron, más tarde, confirmadas en una reunión del Comité de Historia de las ideas que tuvo lugar en Quito en 1982 (*Revista de Historia de las ideas*, Quito, Nº4, 1982). Nuestro primer trabajo sobre el tema lo leímos en Caracas en 1976 y versaba sobre "La importancia de la Historia de las ideas para América Latina". Más tarde, estando ya radicados en el Ecuador, hicimos propiamente un balance de la cuestión en una reedición facsimilar de los dos primeros números de la *Revista de Historia de las Ideas* (1984), revista que con la ayuda de amigos como el Dr. Carlos Paladines hemos alcanzado a sacar diez números. Aquel balance, al que titulamos "La Historia de las ideas cinco lustros después", se refería no sólo a la tradición argentina de este campo de trabajo, tradición en la que nos habíamos iniciado, sino a las otras líneas de desarrollo de este saber, en particular, la mexicana promovida por el Comité de Historia de las ideas creado a propuesta de Leopoldo Zea en Puerto Rico en 1956. Debemos decir que este balance tenía como eje el impacto causado dentro de los estudios de filosofía latinoamericana por el opúsculo de Augusto Salazar Bondy *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1969). Años más tarde, hicimos otro trabajo histórico y crítico titulado "Tres décadas de Historia de las ideas en la Argentina: reencuentro y balance", en el que tomamos posición, en particular, frente a la tesis de Alberini y de Romero, el que leímos en la ciudad de Paraná en 1988. Por último, y para no extendernos tanto, la Universidad "Santo Tomás" de Bogotá acaba de editar, en conjunto, todos nuestros trabajos teóricos sobre Historia de las ideas en un libro titulado: *Historia de las ideas. Teoría del discurso y Pensamiento Latinoamericano* (1983).

Nos animaríamos a decir que tanto la tarea propiamente historiográfica como la teórica sobre la que se ha organizado aquélla, han pasado por dos momentos

enriquecedores. El primero, con la incorporación de todos los aspectos fecundos que ofrece la Teoría de las ideologías, originada en *La Ideología Alemana* y que ha tenido una importante reformulación dentro de la Escuela de Frankfurt y, el segundo, promovido por el "giro lingüístico". En particular, fue después de producido este último, que comenzamos a hablar de "ampliación metodológica", si bien esa ampliación ya estaba en el primer momento, en el que abandonamos decididamente el método generacional con el que habíamos encarado algunos de nuestros primitivos trabajos. Como consecuencia del segundo, poco o nada nos quedó, a su vez, del circunstancialismo, con lo que podría decirse que se había producido una depuración de orteguismo. "Con Roig -ha dicho el filósofo chileno Carlos Ossandón- se cierra el ciclo de la influencia orteguiana en Historia de las ideas" ("Una historia de la filosofía en Chile", *Estudios Sociales*, Santiago, N° 77, 1993). Por cierto que siempre han quedado vigentes aspectos importantes provenientes de Dilthey, cuya fecundidad se vio rejuvenecida tanto por la obra de sus discípulos, tal el caso de Groethuysen, como por la recepción que el historicismo tuvo dentro de la temática de la historicidad de origen heideggeriano. En verdad, que desde ese Heidegger desmitificado y el marxismo crítico, se dieron las bases para un nuevo historicismo, al que algunos han denominado, a su vez, "historicismo crítico", con lo que se ha querido definir nuestra posición. Aquellos dos momentos y las etapas que abrieron en cada caso, muestran la distancia que hay entre nuestros estudios *Los Krausistas argentinos* (1969) y *El Pensamiento social de Juan Montalvo* (1984).

FELIX WEINBERG

Nació en Buenos Aires, en 1927. Profesor en Historia, graduado en el Instituto Nacional Superior del Profesorado de Buenos Aires (1950). Es miembro de la Academia Nacional de la Historia (desde 1986); Profesor Extraordinario Consulto (1992), Director del Centro de Estudios Regionales (1981) y Director del Archivo Histórico (1992) de la Universidad Nacional del Sur; Miembro del Consejo Editor de *Cuadernos del Sur* (1979); Miembro correspondiente del Centre d'Etudes des Littératures et des Civilisations du Río de la Plata, con sede en la Université de la Sorbonne Nouvelle, París III (1985). Becario de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation (1977-78). Se ha desempeñado como Profesor en las Facultades de Filosofía y Letra, Arquitectura y Urbanismo, y Derecho y Ciencias Sociales de la UBA (1957-66); en el Colegio Nacional (1960-66) y en el Instituto Nacional Superior del Profesorado (1975-76), de Buenos Aires. Es autor de numerosos libros, entre ellos: *Juan Hipólito Vieytes. Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo. Estudio preliminar* (1956); *El Salón Literario de 1837* (1958); *Vida e imagen de Sarmiento* (1963); *La época de Rosas. Selección* (1967); *Florencio Varela y el "Comercio del Plata"* (1970); *Documentos para la historia de la Universidad Nacional del Sur* (Dir.) (1982); *Dos utopías argentinas de principios de siglo* (1986); *Historia del sudoeste bonaerense* (Dir.) (1988); *Las ideas sociales de Sarmiento* (1988); *Poblamiento, inmigración y cambio social. Bahía Blanca y el sudoeste bonaerense* -con colaboradores- (1991).

1. Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?

Parte importante de los años de mi formación intelectual se corresponden con la época de Perón (1946-1955), cuyo ambiente cultural se caracterizó, como es sabido, por su intolerancia a toda expresión o actividad que no se identificara con el sistema político oficial. Consecuentemente la creación cultural y su difusión se resintieron. La coerción, ejercida de muy diversas maneras, forzó a la fragmentación, al aislamiento y al perfil bajo de las manifestaciones culturales. Muchos intelectuales vivieron dentro del país como virtuales exiliados. Esto se tradujo en cuanto a la vida cotidiana en un esfuerzo ingente por sobrevivir dedicándose a tareas muchas veces alejadas de los intereses culturales. Y si bien este tipo de alienación no era nuevo y tampoco después perdió vigencia, por entonces era más marcado porque para los intelectuales de pensamiento independiente -en sus más diversos matices ideológicos- y cuyas profesiones o miras apuntaban a las actividades académicas, el acceso a la cátedra universitaria y aun a la docencia en la enseñanza media, por ejemplo, estaba vedado de hecho. Recuérdese el requisito de la afiliación obligatoria al partido para obtener cualquier empleo público.

Que era difícil de sobrellevar esta situación lo prueba la frustración y esterilización de numerosos jóvenes estudiantes que terminaron transitando otros caminos, como empleados de comercio o como pequeños empresarios. Seguramente perdió así la cultura argentina no pocas inteligencias.

Sintetizando, aquellos años no fueron pródigos en expectativas y en optimismos. Eramos muchos los que vivíamos refugiados en nosotros mismos, replegados

en lecturas, en proyectos, en borradores de trabajos, y, ocasionalmente, colaborando con alguna empresa editorial o revista de efímera duración. Así prologué una selección de escritos de Eduardo Wilde (1952) y una reedición de *Retratos y recuerdos* de Lucio V. Mansilla (1953), y escribí allá por 1954 varios artículos en la revista *Aporte*.

En las postrimerías del segundo gobierno de Perón hizo su aparición la editorial Raigal. Fue un notable esfuerzo para congregarse a estudiosos independientes y encomendarles la publicación de libros destinados a rescatar lo mejor de la tradición liberal argentina, tan denostada por la cultura oficial de la época. Se crearon varias colecciones dirigidas por destacados intelectuales, donde colaboraron, entre otros, Francisco Romero, José Luis Romero, Bernardo Canal Feijóo, Gabriel del Mazo, Gregorio Weinberg, Ricardo M. Ortiz, Gino Germani, Norberto Rodríguez Bustamante, Antonio Salvadores, Boleslao Lewin, Enrique Wedovoy, Luis V. Sommi, Félix Luna, Aldo Ferrer, Roberto Etchepareborda, Enrique Anderson Imbert, Antonio Pagés Larraya..... Aparecieron allí escritos de Belgrano, Echeverría, Fraguero, Alberdi, Del Valle, Lavardén, Alem, Yrigoyen. Tuve el honor de colaborar con un extenso estudio preliminar a una recopilación de escritos económicos de Juan Hipólito Vieytes. Extrañamente la obra cumplida por la editorial Raigal en tiempos tan poco propicios no ha tenido aún el estudio que se merece, y duele por cierto que en panorama retrospectivo de la producción historiográfica ni siquiera se la mencione.

Casi simultáneamente con Raigal salió a la luz la Colección "El Pasado Argentino", dirigida por Gregorio Weinberg (bajo el sello editorial de Hachette), cuya larga trayectoria llega hasta la actualidad. Sus propósitos eran poner al alcance de las nuevas generaciones de estudiosos hitos señeros y olvidados de la cultura argentina. En esos años difíciles se publicaron en esta colección escritos de Sarmiento, Alberdi, Mitre, Zeballos, Payró, Rojas, prologados por Palcos, Giusti, Canal Feijóo, Márquez Miranda.....

Esos libros, para jóvenes estudiosos de entonces -sea como autores, colaboradores o simplemente como lectores- significaron un importante aprendizaje, un crecimiento intelectual, que fructificaría después de 1955.

2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Desde que me orienté decididamente hacia investigaciones y estudios en el campo de la historia de las ideas y de la cultura argentina, la mayor parte de mis trabajos -como los realizados sobre el romanticismo rioplatense, los viajeros argentinos a Europa, el utopismo nacional, etc.- constituyen en cierto modo una ampliación y/o reinterpretación, sobre la base de nuevas fuentes documentales, de temas abordados o sugeridos por los grandes maestros de nuestra historia de las ideas como Ingenieros, Korn y José Luis Romero. En este sentido, y en la modesta medida de mis posibilidades, me siento adscrito a esta vigorosa tradición intelectual

argentina asentada en principios democráticos y pluralistas.

3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Para comenzar esta respuesta debo recordar que cuando cursaba como estudiante de Historia en el Instituto Nacional Superior del Profesorado, contábamos con un grupo selecto de profesores que simultáneamente se desempeñaban en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Nombres como José Luis Busaniche, Claudio Sánchez Albornoz, Juan Mantovani, Julio César González o Abraham Rosenvasser, entre otros, garantizaban un alto nivel académico. Pero debo reconocer que el Instituto, durante algunos años al menos, constituyó un microclima dentro del ámbito educacional y cultural del país, cada vez más enrarecido por las presiones políticas que ejercía el gobierno nacional de entonces.

Así, el Centro de Estudiantes del Instituto del Profesorado trató de organizar un ciclo de conferencias con intelectuales independientes en la sede del Centro de Profesores Diplomados. De acuerdo a las reglamentaciones vigentes había que solicitar para cada conferencia permiso previo a las autoridades policiales, y siempre contábamos con la asistencia de un informante policial. Hasta que al cabo de unas pocas disertaciones el ciclo fue interrumpido abruptamente por no obtenerse más la consabida autorización.

Posteriormente algunos graduados universitarios y el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras organizaron en la Unione e Benevolenza un curso de historia de la filosofía, que también quedó trunco por el mismo motivo señalado en el caso anterior. Entre los asistentes, bastante numerosos, se respiraba un extraño aire de clandestinidad.

Al poco tiempo de graduarme fui invitado, en 1951, a colaborar en la Comisión Central de Homenaje a Esteban Echeverría -constituida en ocasión del centenario de la muerte del autor del *Dogma socialista*- que presidía Carlos Alberto Erro y que congregaba a un nutrido conjunto de intelectuales independientes de la más variada ideología. La Comisión me encomendó elaborar una bibliografía de Echeverría, tarea no realizada hasta entonces y que asumí con todo entusiasmo. Dicha bibliografía fue incluida como parte de un volumen de homenaje a Echeverría, que comprendía artículos de Erro, Alfredo L. Palacios, Héctor P. Agosti, José P. Barreiro, Amaro Villanueva, Ricardo M. Ortiz, entre otros. El libro se envió a imprenta, se compuso, pero no alcanzó el dinero para la impresión, y quedó en pruebas de página. Mi bibliografía recién se publicó una década después, en 1960, en la revista *Universidad* de la Universidad Nacional del Litoral gracias al interés manifestado por su director, don Domingo Buonocore. Aunque parezca reiterativo, también corresponde señalar que las actividades de esa Comisión de Homenaje a Echeverría tropezaron permanentemente con trabas oficiales que tomaron difícil su labor de difusión pero con persistencia se logró llevar adelante un programa de conferencias en las principales

ciudades del interior del país.

En el punto 1 de esta Encuesta he expuesto otros recuerdos personales sobre los años iniciales de mi formación. Los cambios políticos que sobrevivieron en 1955 abrieron una nueva etapa. Permitieron a los jóvenes verificar la distancia que iba de la coerción institucionalizada al ejercicio de la libertad de expresión. El movimiento cultural argentino adquirió en poco tiempo un vigor y una riqueza insospechadas. A los nombres consagrados se agregaron nombres nuevos también de sólida formación. El signo de la época era ahora el optimismo. Multitud de proyectos afloraban diariamente. La reconstrucción de la Universidad de Buenos Aires significó un paso decisivo para la renovación de las actividades académicas desde perspectivas científicas nuevas y también se agregaron nuevos campos de estudio. Las publicaciones de los Institutos de Historia Social y de Sociología eran una muestra acabada de esa renovación. No puedo olvidarme por la gravitación intelectual que tuvieron en esa época, los nombres de José Luis Romero, Gino Germani y Sergio Bagú. Por entonces entró en el escenario editorial Eudeba, empresa que bajo la dirección de José Boris Spivakow significó una verdadera revolución en la selección, cuidado y masiva difusión de miles de títulos que contribuyeron a la formación cultural de los argentinos.

En 1957, en ese clima de fermento y optimismo, inicié mi carrera en la docencia universitaria en la cátedra de Historia de la Cultura en el Ciclo Preparatorio de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de Buenos Aires, en la vieja sede de la calle Perú. En 1964-1965 me desempeñé como Jefe de trabajos prácticos en la cátedra de Historia del Pensamiento y de la Cultura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; y en el Ciclo de Enseñanza Básica de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales también de la UBA. En 1966 me trasladé definitivamente a Bahía Blanca, donde alcancé por concurso la jerarquía de Profesor Titular.

Colaboré en 1957 con artículos de carácter históricos en la *Gaceta Literaria*, uno de cuyos directores fue Pedro Orgambide; y luego, en 1958, en la *Revista de Historia* (que codirigían Enrique M. Barba, Sergio Bagú, Roberto Etchepareborda y Gregorio Weinberg, entre otros) con un trabajo que luego se reeditó varias veces: "El periodismo en la época de Rosas". También en 1958 se publicó en el *Anuario* del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional del Litoral el estudio "La Revolución francesa de 1848 y su repercusión en el Río de la Plata"; y en *La Biblioteca*, revista de la Biblioteca Nacional, el artículo "Las Rimas de Echeverría en España". Ese año 1958 culminó para mí con la publicación de *El Salón Literario de 1837*, libro que tuvo bastante éxito y alcanzó una segunda edición.

De los estudiosos y maestros que conocí y que influyeron en mi formación quiero recordar en modo particular a José Luis Romero, Enrique M. Barba y Sergio Bagú, a quienes traté personalmente y me abrieron su confianza y amistad.

Sería injusto si aquí, por escrúpulos de parentesco, no hiciera una mención especial de la influencia que mi hermano, Gregorio Weinberg, ejerció en mi formación intelectual. A él debo el aprendizaje de muchas cosas importantes, que van desde

la metodología a la ética.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Bahía Blanca, por sus dimensiones geográficas, características sociales e infraestructura bibliográfica y hemerográfica, es un lugar propicio para emprender proyectos de investigación. Por supuesto que, aun así, es imprescindible la consulta de bibliotecas y archivos de Buenos Aires y de La Plata especialmente.

Echeverría decía que sólo transitando por caminos no trillados se descubren mundos desconocidos. He procurado siempre, en la medida de mis posibilidades, abordar temas nuevos que -lo digo sin falsos alardes- signifiquen aportes que amplíen o esclarezcan lo ya conocido. Entre esos temas se destaca también el de la inmigración y sus implicancias ideológicas, en el que estamos trabajando con un equipo que dirijo desde 1969, iniciador en el país de los estudios sobre inmigración regional.

Cuando me propongo emprender un trabajo afronto casi siempre varias etapas sucesivas, acaso la más prolongada sea la de maduración y reflexión. Suele ocurrir -y esto depende de la envergadura del trabajo- que me paso durante meses "rumiando" el asunto que tengo entre manos antes de proceder a la redacción del mismo.

Mis trabajos suelo comentarlos con colegas de Bahía Blanca y de Buenos Aires aunque, por comprensibles motivos referidos a la irregular frecuencia de mis viajes a Buenos Aires, no siempre tengo oportunidad de discutirlos con colegas porteños. Tal vez los críticos más duros sean mi esposa, María Beatriz Fontanella, y mi hermano.

Paralelamente con las tareas de investigación, desarrollo tareas docentes universitarias que, a veces, en el corto plazo, se superponen y no siempre facilitan a aquéllas, aunque en lo mediano se enriquecen mutuamente.

5. Cuáles serían los rasgos mas importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

Si bien es comprensible y legítimo que cada estudioso se oriente hacia la parcela de su predilección dentro de la multiplicidad de campos que ofrece la historia de las ideas, entiendo que más allá de esa unilateralidad se debe prestar también atención a los demás aspectos de la disciplina. Ha habido, incluso, durante bastante tiempo, prejuicios, desconexión y hasta menosprecio hacia algunas de las manifestaciones de historia de las ideas. Así ocurrió, por ejemplo, con la historia literaria y también con la historia política (por cierto que me refiero a las ideas y no a la crónica fáctica), pero esto felizmente se ha ido superando. El estudio que resulta de la interacción de los

diversos campos ha enriquecido a la disciplina y va abriendo constantemente nuevas perspectivas.

6. *Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Ha habido en los últimos años un notorio aumento del número de estudiosos de la historia de las ideas argentinas. Faltaría una mayor y más regular comunicación entre los estudiosos, que en su mayoría se agrupan solamente según la especificidad de sus trabajos (filosofía, economía, educación, etc.). Pienso, incluso, en lo fecundo de un diálogo institucionalizado.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

A nivel personal han habido libros que no sólo me causaron especial impresión, ya en mis tiempos de estudiante o poco después, sino que contribuyeron a marcar una orientación.

Así, la lectura del libro de Marcel Bataillon, *Erasmus y España, La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, de Jean Sarrailh (ambos en sus ediciones originales francesas), fueron todo un deslumbramiento.

Un poca más tarde llegaron a mis manos *La evolución de las ideas argentinas*, de José Ingenieros y *Las ideas políticas Argentinas*, de Romero. Estos panoramas esclarecedores me hicieron repensar todas las lecturas que llevaba hechas sobre historia argentina. Sin proponérmelo expresamente quedaba abierto un camino para mis inquietudes. *El romanticismo social* de Roger Picard me mostró la amplitud y riqueza de un tema que a partir de entonces, y con referencia al Río de la Plata, iba a convertirse en una de mis mayores preocupaciones. Si alguna duda me quedaba en este sentido se desvaneció con otro libro; *Filosofía preuniversitaria en el Uruguay*, de Arturo Ardao, ejemplo de investigación original.

GREGORIO WEINBERG

Nació en Buenos Aires, en 1919. Es Profesor Honorario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Doctor Honoris Causa de la misma Universidad. Miembro de Número de la Academia Nacional de Educación y miembro de su Comisión directiva. Vicepresidente de la Comisión Internacional, con sede en París, encargada por la UNESCO de preparar *La Historia General de América Latina*; y miembro de la comisión encargada de la nueva versión de la *Historia Científica y Cultural de la Humanidad* integrante del directorio a cargo del volumen VII: Siglo XX. Miembro del Comité de Historia de las Ideas, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en México. Ha sido Director de la Biblioteca Nacional; Director y Vicepresidente del CONICET; Presidente del Consejo Superior de FLACSO; Profesor Titular de Pensamiento Argentino y Latinoamericano (Departamento de Filosofía y Letras) y de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana (Departamento de Ciencias de la Educación) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Ha participado en varias empresas editoriales como director, prologuista o traductor: *Historia de la Filosofía* de E. Paolo Lamanna; *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía* de André Lalande; *Ciencia de la lógica* de Hegel; *Obras Completas* de Spinoza; Obras. 1919-1948 de Raúl Prebisch entre otras. Es autor entre otros libros de: *El descontento y la promesa. Ensayos sobre educación y cultura* (1982); *Modelos educativos en la historia de América Latina* (4ª edición en prensa); *Tiempo, destiempo y contratiempo. Ensayos* (1993).

1. Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?

El período correspondiente a nuestra formación intelectual fue apasionadamente difícil. Aquella generación comienza a participar en medio de un clima caracterizado por el ascenso del fascismo, la Guerra Civil Española (de tan trágicas consecuencias para la Península con el triunfo del franquismo: dictadura, oscurantismo, aislamiento del resto de Europa, etc.) pero que, a su vez tanto ayudó a nuestra gente a pensar en serio. Como uno de sus corolarios digamos que expulsó hacia nuestras playas a una emigración fecunda en el terreno intelectual, artístico y editorial, etc., y debe considerarse como un fermento positivo en nuestra sociedad de la época. Luego, los campos de concentración, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, etc. En nuestro país se vivía una democracia desvirtuada por el fraude: recomenzaron los golpes de Estado que desembocaron en el peronismo, complejo fenómeno social y político cuya consideración estaría fuera de lugar hacer aquí, pero al que entre otras particularidades podría achacársele habernos escamoteado, como con sobradas razones se ha dicho, los vientos renovadores de la inmediata posguerra. Para formarnos una idea siquiera aproximada del clima cultural y educativo oficial recuérdese la obra y la palabra del delirante ministro de educación Oscar Ivanissevich. La Universidad padeció entonces en carne propia esa situación; su autonomía funcional e intelectual fue avasallada. En la práctica se liquidaron institutos de enorme prestigio internacional y prometedores almárgicos de jóvenes investigadores, como los de fisiología y filología. La expulsión de docentes y las migraciones de

"materia gris" alcanzan magnitudes desconocidas. Hay un "vaciamiento" de la Universidad y por consiguiente una sensible mengua en la calidad de la enseñanza. Al señalar estas notas no estamos subestimando otros hechos positivos: el acelerado crecimiento de la matrícula en todos los niveles y el impulso dado a la educación técnica y profesional, fenómeno este último que mal puede desvincularse de los procesos de urbanización y de industrialización. Algunos episodios y su interpretación oficial revisten rasgos surrealistas: el Premio Nobel adjudicado a Bernardo Houssay, que debió ser utilizado como un ejemplo y un estímulo para la juventud estudiosa fue considerado como una "injerencia" en la política interna del país y como tal repudiado. No quisiéramos cargar las tintas, pero recordemos que estos elementos casi nunca son mencionados en los trabajos sobre la época y preciso es conocerlos para construir aquel clima.

2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Como profesor de historia de la educación y de historia del pensamiento argentino y latinoamericano (con posterioridad a 1956), el estudio de nuestra tradición cultural constituyó uno de nuestros objetivos y una de nuestras mayores preocupaciones; nos esforzamos -aunque no seremos nosotros quienes juzguemos sus resultados- por reconstruirla, subrayando los rasgos y las continuidades de aquella tradición que afirma la emancipación intelectual auténtica (no la retórica), el espíritu crítico, las propuestas alternativas, las contradicciones de nuestra historia y la continental, las relaciones asimétricas con el Viejo Mundo, las asincronías, la perduración de inercias ideológicas, etc. A la par de esa labor docente dirigí, y sigo dirigiendo, una colección de libros (inicialmente denominada "El Pasado Argentino" y desde hace dos décadas "Dimensión Argentina"), con más de cien títulos publicados; otra, con una veintena sobre temas latinoamericanos. Ambas actividades (la docente y la editorial) como es evidente obstaculizaron o relegaron nuestra obra personal, pero es éste otro tema. Hoy estamos empeñados en el rescate de nuestra tradición científica continental; deseáramos llamar la atención de las nuevas generaciones que en ella encontrarán elementos fecundos, y que no todo comienza con el último *papero* la más reciente fotocopia. Intentar reconstruir críticamente esa tradición, implica un esfuerzo de rescate y consolidación, un intento por otorgarle sentido, y para hacerlo tratamos de eludir tanto el tradicionalismo como de evitar las modas.

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

Los vínculos intelectuales con los "maestros" se daban fuera de la Universidad, por ejemplo en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyos cursos constituían

verdaderos acontecimientos y refrescaban la modorra, sacudían el conformismo intelectual del ambiente oficial, más que chato, esterilizante. Nos agrupábamos en torno a ciertos hombres con obra reconocida y conducta probada (Francisco Romero, José Luis Romero), a verdaderos "sentidores" del país (Ezequiel Martínez Estrada, Bernardo Canal Feijóo), leíamos ciertas revistas (*Cursos y Conferencias*, *Sur*, *Realidad*, *Imago Mundi* y *Contorno* más tarde) y en algunas de las cuales colaboramos. En nuestra personal formación fueron decisivos y por diferentes motivos: Pedro Henríquez Ureña, Rodolfo Mondolfo, José Babini y el ya citado José Luis Romero, historiador y ciudadano paradigmático.

4. *Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

Creo percibir que una de las debilidades de nuestra propia obra -y quizás la afecte en sus resultados pero sí con seguridad en su volumen- ha sido nuestro trabajo artesanal, individual. Las fracturas institucionales (el alejamiento de la cátedra durante décadas) produjeron rupturas generacionales; nos separamos de maestros, colaboradores y discípulos (dispersión, emigración, deserción son algunas de las notas con las cuales puede caracterizarse este momento del proceso), de donde frustraciones, interrupciones, distanciamientos. Añádase a esto el hecho de haber incursionado nosotros por terrenos con escasa tradición académica o que no estaban de moda, y también porque casi siempre remábamos contra la corriente.

Aclaremos con algunos pocos ejemplos esto que decimos. Cuando publicamos (en 1953) una nueva edición de la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas sólo recibimos "palos" como comentario; pocos entendieron el sentido de la reivindicación (que coincidía con el anticolonialismo imperante en el mundo), se nos tildó de sectario, de ser un liberal anticuado y apegado a la "vieja leyenda negra", porque estábamos contra la tendencia que aún se nutría de las ideas de Rómulo D. Carbia pronto rejuvenecidas por Ramón Menéndez Pidal en un desdichado libro, *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*. En oportunidad de reeditar en 1966 Eudeba dicho libro añadimos al anterior estudio preliminar, entre otros, los conceptos siguientes: "El eminente polígrafo español, cuya labor honra la cultura castellana, adopta aquí un criterio francamente inadmisibles; sustrae casi por entero la cuestión de su contexto social, histórico e ideológico, alegando que Las Casas "ni era santo, ni era impostor, ni malévolo, ni loco: era sencillamente un paranoico" (pág. XIV), y pocas líneas más adelante añade: "y a pesar de mi total ignorancia de la psiquiatría, me arrojé a calificar tal anomalía de delirio paranoico". El profundo respeto intelectual y humano que a todos los hispanoparlantes nos merece la obra de R. Menéndez Pidal, no puede llevarnos a compartir semejante conclusión; o dicho en otros términos, los antecedentes y merecimientos científicos del autor de *La España del Cid* en modo alguno pueden validar su autoridad para hacer

un diagnóstico psiquiátrico...". Hoy parece bastante más fácil ser "objetivo", y hasta ser lascasiano, sobre todo después que el Papa Juan Pablo II lo reivindicó, desde Santo Domingo, en vísperas del Quinto Centenario. Cuando apareció mi edición del *Debate parlamentario sobre la ley 1420*, de la que hoy muchos de sus antiguos enemigos hablan como de la "gloriosa ley 1420", se me dijeron cosas poco agradables. Otro tanto ocurrió cuando edité y prologué en 1953 las *Noticias secretas de América* de Jorge Juan y Antonio Ulloa, texto de cuya autenticidad ya nadie duda pues aparecieron y se publicaron otros manuscritos del mismo. Repárese en las fechas de publicación de las obras mencionadas y adviértase por lo que decimos si entonces era posible un debate sobre historia de las ideas, cuando predominaban tan fuertemente los prejuicios y el principio de autoridad.

Pero los obstáculos con los cuales tropezamos no sólo fueron ideológicos, también los encontramos de otro carácter y todo esto quizás por no seguir los rumbos y valores admitidos, que siempre "facilitan" el reconocimiento (sic). Así, cuando publiqué mi Colección *El Sainete criollo* (edición inteligentemente preparada por Tulio Carella), libro que contiene 13 piezas de gran interés cultural, un crítico literario de primer nivel sostuvo que la incorporación de esa obra a la serie era "indigna" de mi Colección, donde se habían publicado clásicos como Sarmiento, Payró, etc. Respondimos con vehemencia que no ocultamos que, a nuestro juicio, esos sainetes de "factura poco artística" constituían un documento de sociabilidad, de costumbres, de lenguaje, y también de belleza, muy superior y más perdurable que la obra toda de.... (y aquí cité los nombres de dos figuras que, por fortuna, ya nadie recuerda y no seremos nosotros cómplices de sacarlos del anonimato). Y al publicar esas piezas no lo hacíamos por capricho ni por interés personal pues el tema estaba lejos de nuestras preocupaciones intelectuales; lo habíamos hecho por advertir en el mismo un componente de nuestra tradición cultural insuficientemente aprovechado. Otro tanto nos ocurrió cuando publicamos varias obras de Eduardo Gutiérrez (precedidas de ejemplares estudios preliminares de León Benarós). Podría multiplicar estas referencias acerca de la incompreensión, pero sólo mencionaré una más: nuestra exhumación de la obra de Mariano Fraguero. Todo esto, sumado a los factores predominantes en el ambiente cultural, nos aisló. Pocos entendían el significado de esos títulos singulares, pero, muchísimo menos el sentido total de aquella empresa; tampoco pertenecíamos a camarilla alguna que nos defendiese. Difícil era consultar. Amigos muy entrañables como Sergio Bagú desde hacía décadas estaban fuera del país, peregrinando por Venezuela, Chile y hoy en México donde tiene el reconocimiento que su estatura intelectual y moral merecen; aquí ha sido injustamente olvidado y advertimos que casi no se lo conoce. (Recuérdese, además, que durante más de quince años estuvimos lejos del país, de los colegas de nuestra propia biblioteca; trabajábamos en CEPAL, en Santiago de Chile; aquella permanencia nos ayudó mucho sensibilizándonos ante los temas latinoamericanos, ampliando nuestro horizonte intelectual y estableciendo contacto personal diario con hombres como Fernando Henrique Cardoso, Aníbal Pinto, Celso Furtado, Jorge

Graciarena, y tantos otros, pero sobre todo con Raúl Prebisch y José Medina Echavarría, quienes deben ocupar un lugar sobresaliente en la historia de las ideas latinoamericanas. Hoy se utilizan categorías como "centro-periferia" o "relación de los términos de intercambio" como si fueran "naturales", como si no tuviesen autor ya que las "ideas" son bienes mostrencos.

5. *Cuáles serían los rasgos mas importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

6. *Cuáles, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas en nuestro país -y tememos que al decirlo estemos transitando el campo de los lugares comunes- sería una muy sólida y actualizada formación en historia argentina, latinoamericana y universal (con particular énfasis en los aspectos culturales, científicos, etc.), siguiendo criterios lo menos convencionales posible, intentando descubrir nuevos territorios o temas, y renovando los pretéritos. Acerca de las fuentes se debe releer con ojos nuevos los clásicos, descubrir o aplicar métodos o enfoques, etc. Evitar los convencionalismos y quitarse toda clase de anteojeras, inmunizarse contra el provincianismo, interesarse por lo que ocurre en el mundo (que no se reduce a ciertos y determinados países de Europa Occidental o a los Estados Unidos), es decir preocuparse por saber qué y cómo se piensa en otras regiones, pero no para trasladar mecánicamente sus enfoques a nuestro medio, sino para enriquecer perspectivas y problemáticas. También para adquirir modestia y recordar que muy cerca nuestro, en México o en Brasil por ejemplo, se trabaja muy bien en historia de las ideas; casi no advertimos que sus autores o trabajos sobresalientes se citen entre nosotros. Mayores contactos son absolutamente indispensables, como también lo es ampliar el espectro bibliográfico.

7. *Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?*

En mi juventud me sacudió *Ideología y utopía* de Karl Mannheim, que aunque no es en un sentido estricto un libro de historia de las ideas aborda muchos problemas directamente vinculados al tema, al papel del intelectual, etc., que tanto nos preocupaba por entonces. Muy pronto *Erasmus y España*, de Marcel Bataillon; *La España ilustrada* de Jean Sarrailh (que recuerdo haber comentado en *Imago Mundi*, apenas apareció su edición francesa original); *El otoño de la Edad Media*, de J. Huizinga; *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais*, de Lucien Febvre; *L'Eglise et la civilisation au moyen âge*, de G. Schnürer; *La disputa del Nuevo Mundo*, de Antonello Gerbi que seguimos con siempre renovado interés, cuando no sorpresa, desde que se llamaba Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo,

en una edición peruana de 1946; descubrí en los libros de R. Mondolfo inusual riqueza y me enseñaron a leer los clásicos en profundidad. Otros autores nos impresionaron: E. Gilson, J. Bernal, B. Farrington, etc.; y nada decimos de las lecturas de las últimas décadas. En la mentada obra de José Gaos vinculada a la historia de las ideas y luego la de su discípulo Leopoldo Zea me abrieron perspectivas y me mostraron cuánto restaba por hacer e investigar en este campo; me acerqué a Sarmiento, Echeverría, Martí, Hostos, Mariátegui, Ingenieros, Kom, los ensayos de Francisco Romero sobre la materia. Y en otro terreno a Spinoza (en la publicación de cuyas *Obras Completas* en español colaboramos) y a Hegel...; y para "descansar" Montaigne, Cervantes y Machado, que nos siguen acompañando..... Pero creemos estamos alejando de la letra de las preguntas, aunque supongo que no de su espíritu.

ENRIQUE ZULETA ALVAREZ

Nació en La Plata, Buenos Aires, en 1923. Se graduó como Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Ha sido Rector y Profesor Emérito de esa Universidad, donde se desempeñó además como Profesor Titular de Historia de las Ideas Políticas y Sociales Americanas, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Se ha desempeñado como Asesor de la Subsecretaría de Educación de la Nación; Director Provincial de Cultura de Mendoza; y Director de la Biblioteca Pública "Gral. San Martín", de Mendoza. Becario del gobierno español (1954-55); Profesor Invitado por el gobierno español para estudios de Hispanismo (1976-77), por la Universidad de Mainz (1988) y por la Deutscher Akademischer Austauschdienst, de Alemania; Invitado por la Comisión Fulbright para estudios superiores en EE.UU. (1989). Profesor Visitante: Universidad Nacional de Chile, Universidad de New Mexico (USA), Universidad de Bordeaux (Francia) y Universidad de Bonn (Alemania). Ha dictado numerosos cursos y conferencias en el ámbito nacional como también internacional. Ha publicado en los últimos años: *Carlos II y la Ilustración en América* (1989); *Cultura y Pensamiento en la España Contemporánea* (1990); *Babbitt o la nostalgia del orden* (1991); *El ensayo español en la Argentina* (1992); *El Quinto Centenario* (1992); *Hispanoamérica en el quinto centenario* (1993); *La Historia de las ideas en el marco político de la historiografía hispanoamericana* (1993); *Borges, Lugones y el nacionalismo* (1993); *España en la obra de Julio Irazusta* (en prensa); *España y el nacionalismo argentino* (en prensa); *La política y los historiadores* (en prensa).

1. *Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Lo recuerdo como un período muy importante en mi vida, tanto por la variedad de las disciplinas en que me formé, como por la seriedad y rigor de las enseñanzas y la calidad de mis maestros.

2. *Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Mi obra está estrechamente ligada a las tradiciones intelectuales argentinas (históricas, políticas y literarias), pero también a las hispanoamericanas y europeas, sobre todo españolas y francesas.

3. *Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

El clima intelectual en que me formé fue muy propicio. En primer lugar, el de mi familia, donde había una gran estima por la cultura y la inteligencia, libros y relaciones familiares que ampliaban mi perspectiva personal. Era un ambiente de gran libertad intelectual, sin dogmatismos ni prejuicios donde se respetaban y apreciaban los valores morales, políticos y espirituales. Mi familia tiene un viejo arraigo en la Argentina y de mis padres aprendí el sentido del patriotismo, del servicio público, de

los intereses nacionales y de la relación con los medios provincianos, que completaron mi experiencia de Buenos Aires. También por razones familiares y de amistad tuve, desde muy joven, vinculaciones con intelectuales y políticos, como por ejemplo los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, que tuvieron gran influencia en mi formación cultural y personal.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Mi lugar de trabajo es, principalmente mi casa particular, donde tengo mi biblioteca, mis archivos y demás elementos de investigación. Pero paso mucho tiempo en mi despacho en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, porque he tenido hasta mi jubilación, dedicación exclusiva, con atención de alumnos, dirección de trabajos y participación en las tareas académicas, además del dictado de mis clases de "Ideas Políticas y Sociales Americanas", lo que sigo haciendo actualmente, aunque con menor dedicación. Por la índole de mis estudios sobre temas americanos, no tengo muchos colegas con quienes pueda conversar salvo la gente de mi cátedra, pero mi mujer, Emilia de Zuleta, que es catedrática de literaturas hispánicas y una gran humanista, es mi crítica más fina y rigurosa, de modo que cuento siempre con su consejo intelectual. Cuando trabajo, leo, como es lógico, todo lo que tiene atinencia con mis temas, gracias a que las bibliotecas universitarias, hasta hace pocos años, solían estar muy bien abastecidas de libros y publicaciones periódicas.

5. Cuáles serían los rasgos mas importantes que debería de reunir un historiador de las ideas?

Debe tener una amplia formación humanística, con especialidad en filosofía, historia, política y literatura. Debería buscar siempre una perspectiva objetiva, comprensiva y serena, por encima de querellas menores y circunstanciales y, sobre todo, mantenerse en un plano intelectual, lejos de la sujeción a programas políticos. La ilusión de que la tarea intelectual y universitaria debe servir a la política mediante la ideologización agresiva, crispada y permanente, es uno de los vicios peores de la inteligencia argentina y americana.

6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?

Creo que con la decadencia de los dogmatismos ideológicos, se abre una etapa de fecundas posibilidades intelectuales. Hay una gran cantidad de especialistas muy bien formados y cabe esperar, cuando se logre un clima de diálogo y respeto a las

diferencias y disidencias intelectuales, un clima de debate que todavía no está instaurado en nuestro país. Todavía no se han desvanecido las secuelas de odiosos ajustes de cuentas pero soy optimista con respecto al futuro.

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

En primer lugar, la obra de Marcelino Menéndez y Pelayo, pero luego una larga serie que va desde Taine, Croce y Paul Hazard, hasta Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, J.L. Talmon e Isaiah Berlin. Creo que la mejor lección es la de una información copiosa y objetiva, una comprensión de los valores éticos y estéticos y una relación de la historia con la vida.